

Las Costas de Cádiz desde el cielo



Las costas de Cádiz desde el cielo

cádiz · 2003

Continuando con nuestra labor cultural en el ámbito de las exposiciones ahora le ha tocado el turno a una algo especial, ya que aún tratándose materialmente de fotografías sus valores técnicos y estéticos están fuertemente mediatizados por el punto de vista aéreo y el contenido documental de las imágenes: las costas de la provincia de Cádiz, el litoral desde la desembocadura atlántica del Guadalquivir hasta la mediterránea punta de Chullera, desde Sanlúcar de Barrameda hasta San Roque. Nuestras costas, al sur de Europa. Nuestras costas, frente a y cerca de las costas norteafricanas. Nuestras costas, altas y bajas, arenosas y escarpadas, verdes y azules.

Posiblemente lo que primero se impone en la contemplación de estas imágenes desde la inusual perspectiva aérea es la belleza de sus contenidos, aunque poco después de que se asiente el componente estético, y en gran medida despertados por él, surgen en nuestra mente una serie de ideas y cuestiones de carácter más racional vinculadas con la naturaleza morfológica de estas costas, su historia natural, sus asentamientos humanos y su expansión, las localizaciones industriales y portuarias, el estado de sus zonas vírgenes, la ubicación de las instalaciones hoteleras y turísticas, etc. Un cúmulo de ideas atropelladas que apuntan a multitud de cuestiones relacionadas con el pasado, el presente y el futuro del litoral de la provincia de Cádiz. Unas ideas sobre las que se debería volver de forma reposada y analítica para que, desde ellas, salgan críticas, positivas y negativas, modos de comportamiento, dictámenes y proyectos de actuación tanto públicos como privados.

Esta capacidad polisémica de las imágenes, esta posibilidad de múltiples “lecturas”, es también la que queremos aprovechar con esta exposición y razón por la que el catálogo de las imágenes se acompaña con dos interesantes y complementarios textos de los profesores Suárez Japón y Barragán Muñoz en los que se aportan informaciones, criterios y opiniones cualificadas que contribuirán a que, viendo lo mismo nuestros ojos, perciba más nuestra inteligencia. Un objetivo que también pretendemos alcanzar en el ámbito escolar complementando la exposición con cuadernos didácticos y equipos de monitores que acompañarán a la exposición en su itinerancia por los municipios costeros de la provincia, facilitando, sobre todo a los más jóvenes, el entendimiento del litoral gaditano y sus problemas para mejor valorarlo, usarlo y protegerlo.

Rafael Román Guerrero

Presidente de la Excm. Diputación Provincial de Cádiz

FUNDACIÓN PROVINCIAL DE CULTURA
DIPUTACIÓN DE CÁDIZ

Rafael Román Guerrero
Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Cádiz
y de la Fundación Provincial de Cultura

Juan García Gutiérrez
Vicepresidente de la Fundación Provincial de Cultura

José María Campllonch León
Director de la Fundación Provincial de Cultura

EXPOSICIÓN

Comisario	José Manuel Astillero
Director Técnico	Rafael Garófano
Coordinación	Eduardo Rodríguez
Itinerancia	Víctor Iglesias
Relaciones con los Medios	Ana Barceló
Adjunto a Coordinación	Francisco Mármol
Montador Jefe	Bernardo Ariza
Montadores	Salud García
	Francisco Benítez

CUADERNO DIDÁCTICO DE LA EXPOSICIÓN

© Diputación de Cádiz	
© Texto	José Manuel Astillero
Dirección Técnica	Rafael Garófano
Fotografía aérea	Tecnifoto del Sur S.L.
Producción gráfica	Galeote & Blot
Digitalizaciones	Idea 2, S.L.
Imprime	INGRASA
I.S.B.N.	84-95388-74-X
Depósito Legal	CA - 79/2003

El primer paso es el diagnóstico. Se debe identificar el problema y sus causas. Luego, se debe establecer un plan de acción y ponerlo en marcha. Finalmente, se debe evaluar los resultados y hacer ajustes si es necesario.

El segundo paso es la implementación. Se debe poner en marcha el plan de acción y seguirlo hasta el final. Durante este proceso, se deben mantener los canales de comunicación abiertos y estar preparados para hacer ajustes si es necesario.

El tercer paso es la evaluación. Se debe evaluar los resultados del plan de acción y determinar si se han alcanzado los objetivos. Si no es así, se debe volver al primer paso y repetir el proceso.

vistas

El primer paso es el diagnóstico. Se debe identificar el problema y sus causas. Luego, se debe establecer un plan de acción y ponerlo en marcha. Finalmente, se debe evaluar los resultados y hacer ajustes si es necesario.

El segundo paso es la implementación. Se debe poner en marcha el plan de acción y seguirlo hasta el final. Durante este proceso, se deben mantener los canales de comunicación abiertos y estar preparados para hacer ajustes si es necesario.

El tercer paso es la evaluación. Se debe evaluar los resultados del plan de acción y determinar si se han alcanzado los objetivos. Si no es así, se debe volver al primer paso y repetir el proceso.



1

Monte de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda). En el extremo noroeste de la provincia gaditana y en la desembocadura del río Guadalquivir, el Monte de La Algaida se extiende sobre la punta de esta estratégica península donde confluyen Naturaleza y Cultura: el Parque Natural del Entorno de Doñana y una historia tan antigua como rica, iniciada en el mundo tartésico. El pinar de hoy, con sus cuatro kilómetros y medio de longitud de Norte a Sur, y dos y medio de ancho, formado por pinos piñoneros (*pinus pinea*), es el heredero del que mandara plantar el valido de Carlos II, Godoy, en 1803, pero su nombre árabe *al-gaida* (el bosque) lo sitúa en un tiempo muy anterior donde abundarían los alcornoques y acebuches.



2

El Guadalquivir y las salinas de Sanlúcar de Barrameda. Siguiendo el derrotero de la desembocadura del Guadalquivir hacia su encuentro con el Atlántico, se encuentra la Punta de los Cepillos que marca hoy el límite de la extensa marisma de Sanlúcar de Barrameda, en primer plano, donde conviven los prados y zonas inundables con las importantes salinas de La Algaida, con sus modernos cristalizadores cuadrados y grandes, sumergidos en el blanco de la sal. Esta marisma de pocos siglos de existencia es como la del Parque Nacional de Doñana, un enclave ecológico de gran importancia para la avifauna de una gran diversidad de especies: desde los rosados flamencos a las elegantes y ruidosas cigüeñuelas.



3

La Colonia Agrícola y Monte de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda). Una sucesión de paisajes bien diferenciados nos muestra esta foto; en primer plano, el mosaico de parcelas rectangulares de colores claros de la Colonia Agrícola de Monte de La Algaida, creada en 1914, con el asentamiento de 196 colonos, y hoy una de las zonas más intensamente productivas de la provincia; tras ésta, la mancha de pinar con la raya del cortafuego que la protege; y a ambos lados y al norte las llanas tierras de la marisma del Guadalquivir, que en otro tiempo, hace unos tres mil años, bañara el Lago Ligustino por donde navegaron los primeros argonautas.



4

La Algaida y las salinas de Sanlúcar en la orilla del Guadalquivir, frente a los pinares del Malandar en el Parque Nacional de Doñana. Parcelas de Monte de La Algaida, bajo los tonos blancos y grises se esconden los cultivos en invernaderos, mientras que entre verdes y castaños se descubren los navazos, una forma tradicional y singular de preparar la tierra y cultivarla, que tiene semejanza con el cultivo en los oasis africanos. En su borde, los tonos rosados nos señalan los límites de las salinas de San Carlos y de Ntra. Sra. del Rocío y, en su orilla, el río Guadalquivir que lo separa de Doñana, de las dunas del Salabar y la punta del Malandar, que van cerrando la desembocadura del río y creando nuevas playas abiertas al océano, cuyas aguas se baten en una diversidad de tonos azules.



5

La desembocadura del Guadalquivir entre la ciudad de Sanlúcar de Barrameda y la punta del Malandar en Doñana. La ciudad de Sanlúcar de Barrameda, capital del Bajo Guadalquivir, se ha convertido en populosa; desde la colina donde se asentaba su alcázar y castillo andalusí y hoy el Barrio Alto, su caserío blanco se ha ido derramando hacia la creciente playa, que desde Bonanza a Chipiona han ido dejando el océano y el río con su cauce divagante, en el que se reconoce fácilmente, por su tono más claro, la canal por donde navegan los modernos barcos, herederos de una larga tradición. Frente a Sanlúcar, en la otra orilla y casi al alcance de la mano, el denso pinar de esta punta del Parque Nacional de Doñana, al que se accede en barca desde Bajo de Guía.



6

El puerto de Bonanza y su entorno agrícola. Bonanza, con su muelle en primer plano, es el primer puerto del río Guadalquivir, un lugar mágico por sus paisajes y su historia. Sus orígenes son muy antiguos y tal vez fuera el enclave del antiguo puerto de Barrameda (Bahr al-maida) de los árabes, pero lo cierto es que ha pasado por diversas etapas de esplendor y de ruina. Desde aquí partieron las naves de la 3ª expedición de Colón hacia América (30 de mayo de 1498) y las que llevaron y trajeron, en la primera circunvalación al mundo, a Magallanes (año 1519); su puerto se modernizó y se convirtió en la Aduana de Sevilla (1830-35), con la que mantenía una línea muy concurrida de transporte fluvial, por barco de vapor. La foto, contrapone en el entorno de Bonanza, las parcelas cultivadas de Monte Algaida y la campiña, al fondo, con sus tonos dorados de los campos de cereales y los verdes de los viñedos de Sanlúcar y de Jerez.



7

La ciudad de Sanlúcar de Barrameda. Una vista a todo lo ancho, de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, una de las joyas de nuestro litoral. Solucar, o la ciudad de las Mezquitas, se unió con Bar al meida, y dio origen a Sanlúcar de Barrameda, que fue capital del gran ducado de los Medina Sidonia y de su propia provincia (1804-1812), de cuyo pasado conserva un importante patrimonio monumental y cultural. Su caserío se ha extendido de una forma vertiginosa en las últimas décadas como expresión de sus importantes atractivos culturales y turísticos; las cortas y estrechas calles del Barrio Alto han dado paso a las largas avenidas de la ciudad contemporánea, como ésta de la Calzada, en el centro de la foto, que desemboca en la playa del mismo nombre, lleva al paisaje de los pinares de Doñana y es escenario de la Feria de la Manzanilla, de su más noble vino.



8

La punta del Espíritu Santo y la ciudad de Sanlúcar de Barrameda. La playa de las Piletas forma un espacioso recodo en el antiguo acantilado costero que se adentraba en el río, en cuyo extremo el castillo del Espíritu Santo, defendía este flanco sur de la ciudad. En esta playa se celebran en verano, con la caída del Sol, las Carreras de Caballos, una fiesta insólita y de gran belleza. El caserío de esta parte de la ciudad aún conjuga las pequeñas huertas y plantíos, con las viviendas y urbanizaciones que poco a poco lo van llenando todo. Desde aquella punta hacia Chipiona, la playa de la Media Legua, sigue el borde costero y da paso a un paisaje agrícola en profunda transformación.



La costa de Sanlúcar de Barrameda y Chipiona. La estrecha playa de la Media Legua y su continuación en la de La Jara separa el mar abierto de los campos de cultivo, con un pequeño acantilado arenoso. Tras éstas, se descubre un confuso paisaje de urbanizaciones, viviendas y casas de labor entremezcladas con viñas, lagares y huertas, cuando no tapizados por un extenso mar de plástico que cubre a los miles de invernaderos de esta zona, donde se cultivan paradójicamente flores; todo esta campiña fue, hasta hace pocos años, una extensa superficie de viñedo recorrida por el tren de Sanlúcar a Cádiz, del cual se ve en la foto su trazado; el camino que desemboca en la playa, margen derecha de la foto, divide este término municipal con el de Chipiona, sin que haya diferencias en el paisaje.



10

La punta de Montijo (Chipiona). La simétrica punta de Montijo, en tierra de Chipiona, es una tierra que fue dehesa arbolada y luego transformada en campos de labor de secano, con plantíos de viñas en sus límites; la escasa calidad de su suelo y de sus comunicaciones y accesos, han sustraído esta pequeña zona de la incidencia del turismo y de la expansión de los invernaderos que ya cubren una amplia franja de este litoral entre Sanlúcar y Chipiona.



Chipiona, entre el Guadalquivir y el Atlántico. La Villa de Chipiona ha estado asociada desde la antigüedad a su faro, al punto de luz que orienta a los navegantes en este azaroso quiebro de la costa que se enfila hacia la embocadura del Guadalquivir: desde el faro y torre del Cónsul Caepión del que toma nombre, años 149-139 a.C., al que brilla hoy día y desde 1867 en que fue construido, Chipiona ha sido esta guía y al mismo tiempo un punto de observación privilegiado para visualizar un amplísimo horizonte. La pequeña villa agrícola, marinera y religiosa de antaño, se ha ido transfigurando en las últimas décadas al socaire del turismo en un importante centro de vacaciones que cuenta desde hace pocos años con un atractivo puerto deportivo y salvaguarda de navegantes.



12

Desde la playa de la Media Legua a la de Regla. La costa de Chipiona es uno de esos raros lugares donde se conocen y conservan los prehistóricos corrales de pesca, los cuales se pueden ver en esta foto y en la anterior, contruidos con muros de piedras trabadas y formando un recinto en abanico, en cuyo interior quedaban atrapados los peces al bajar la marea. En esta costa se encuentra el monasterio de la Virgen de Regla, a la derecha y debajo de la foto, que da nombre a esta arenosa y cristalina playa que hasta hace pocas décadas sólo contó con la presencia de éste y de sus votivos fieles, lo que contrasta con su imagen actual envuelto por la expansión urbana de la Villa de Chipiona. Desde esta perspectiva puede apreciarse la enorme extensión que ocupan los invernaderos, en color blanco, lo que da idea de la transformación que ha conocido también la agricultura.



13

La costa occidental de Chipiona. La playa en esta parte de la costa se baña directamente por el Atlántico lo que quiere decir, que gana en superficie arenosa, en anchura, respecto de las playas de la desembocadura del Guadalquivir. En este tramo se suceden tres playas: las de Regla, del Camarón y de las Tres Piedras, según se va de Chipiona a Rota, de izquierda a derecha de la foto. Por estar más alejada de estas poblaciones, por su idoneidad para el cultivo de la viña y porque era un terreno dominado por una larga laguna, llamada de Regla, esta zona se mantuvo alejada del desarrollo turístico hasta hace pocos años; la laguna se desecó y de ella sólo queda el recuerdo en el nombre de la urbanización "Playa Laguna". La franja más cercana a la costa deja sentir su mayor atractivo turístico y su urbanización mientras que el interior domina aún la agricultura pero no la del viñedo sino la de los invernaderos y algunos campos de secano, que parecen esperar la llegada de la onda turística.



14

La costa y barriadas periféricas de Chipiona. En este tramo, la playa de las Tres Piedras conserva parte de las dunas costeras que se extendieron por todo este litoral arenoso, por lo que tiene hoy un alto valor ecológico y paisajístico. Los campos de viñas y de cereal se extendían hasta la playa donde algunas barcas delataban la presencia de pescadores; los parajes de esta zona, con sus pequeñas parcelas y propiedades, se convirtieron en el sitio ideal para las urbanizaciones espontáneas y dando lugar a la formación de las barriadas de Arriate, de las Tres Piedras y El Barrancón. La colada del Chapatal o cañada pastoril del Pozo de la Mar las delimita por la derecha, por el oeste, dejando una pequeña mancha de pasto sin urbanizar, en la foto con tono gris, que la separa de la urbanización Costa Ballena, a la derecha.



15

Urbanización Costa Ballena. En el término de Rota el paraje La Ballena era una zona natural de interés paisajístico en esta costa por ser éste uno de los pocos predios que aún permanecía sin cultivar, dedicado a pastos y conteniendo algunos matorrales y unos pocos árboles sobre su suelo arenoso; sobre su superficie, unos 3 kilómetros cuadrados, se proyectó a principios de la década de los 90, una macro-urbanización, con el nombre de Costa Ballena, que se ve en la foto en primer plano y en toda su extensión. Como es ya normal, la urbanización se organiza a partir de un campo de Golf y de una gran zona turística donde se edifica en altura, en bloques de apartamentos; desde 1996, el ritmo de construcción ha sido muy acelerado como respuesta al éxito de las ventas inmobiliarias, de manera que en pocos años estará terminada.



16

La costa roteña y su entorno agrícola. Hacia Rota, las playas se suceden con sus nombres en una misma franja arenosa que bordea la costa; son las playas de Aguadulce, Peginas y Punta Candor, las cuales se ven en la foto de izquierda a derecha, sin límites que la diferencien. Sus fondos marinos son rocosos, formados por un arrecife cuya sombra se ve bajo el agua o sirviendo de rompeolas; desde la punta de Peginas, la costa forma una joven y progresiva ensenada, dejando poco espacio para la playa, donde se construyeron almadrabas para la captura de los atunes. En su paisaje se descubre la densa red de caminos que se ha ido tejiendo y junto a ella la proliferación de pequeñas urbanizaciones espontáneas dispersas por estos predios rústicos y organizadas con los nombres de sus parajes: barriadas de Aguadulce y Trayuelas. Es de destacar en esta foto la casi total ausencia de invernaderos, común en todas las fotos anteriores.



17

Paisajes contrastados de la costa roteña. En la Punta Candor, la costa inflexiona su dirección y cambia el sur por el suroeste, se pasa de la playa de este nombre a la de Piedras Gordas, siempre sobre finas arenas dispuestas encima de arrecifes que se prolongan en la plataforma marina, bajo las aguas, y han permitido la construcción de grandes corrales de pesca, cuyos muros sumergidos se aprecian en la foto. La vocación marinera de esta costa se completaba con un importante enclave atunero, cuyo asentamiento ha dado lugar a la barriada de La Almadraba, donde existió el castillo de su mismo nombre. En este tramo se recupera la presencia del arbolado con esta mancheta de pino piñonero, Parque de La Almadraba, que fija las dunas y da refugio a diversas especies, entre ellas al camaleón. Su paisaje marítimo y rural, ha ido perdiendo sus contenidos tradicionales y transformándose en zona turística y de servicios, sobre la carretera Chipiona-Rota. Entre la costa y la Base Naval, parte superior de la foto, el paisaje de pequeños campos cultivados se sostiene a duras penas ante la presión urbanizadora.



18

Rota: villa, puerto deportivo y base naval. La villa de Rota, era en el medievo andalusí un ribat, un monasterio fortificado sobre el que se construyó el castillo-palacio de Luna, siglo XIV, cuyos muros resisten espléndidos los embates de la historia. Los productos de la huerta, sus afamados vinos, su pesquería, su relación estrecha con Cádiz a la que surtía, caracterizaron a esta Villa desde aquel siglo en adelante y dieron forma a su paisaje marineró y rural. La ensenada natural de Rota y su situación estratégica decidieron que se construyera, a finales de la década de 1960, la más importante base naval de esta parte del continente europeo, lo que vino a cambiar muchas cosas. La creciente importancia del turismo durante los últimos años ha mantenido la expansión urbana de esta Villa y está en el origen de la construcción del puerto deportivo, "Astaroth", en la Punta de Rota, separando la playa de la Costilla, a la izquierda, de la del Rompidillo.



19

La costa militarizada de Rota. La base naval de Rota domina este paisaje litoral; su puerto y demás instalaciones ocupan casi cinco kilómetros en este frente costero y unas 2.400 hectáreas de antiguos terrenos agrícolas de este municipio y también de El Puerto de Santa María; su construcción supuso para el medio ambiente la desaparición de un buen tramo de la playa de La Costilla y la privatización de la del Almirante, construyéndose en sus inmediaciones el Poblado Naval, a la derecha de la foto; los pastos y pinares se han beneficiado con esta instalación y hoy ocupan una buena superficie que aparece resaltada en gris y en verde. En segundo plano, se extiende la llana campiña de Rota, El Puerto y Jerez, con sus extensos cortijos cerealeros y preciadas casas de viña.



20

Entre Rota y El Puerto de Santa María. Esta parte de la base naval de Rota, es la que ocupa el “poblado naval”, una alargada urbanización apoyada en la costa que se extiende, desde la desembocadura del arroyo salado hasta el pinar que le sirve de límite, frente a la punta de Huete, el cual diferencia las nominadas playas del Almirante, a la izquierda, y de Fuentebravía. El límite norte de la Base se alcanza en esta parte, la más estrecha, muy pronto y deja a los dominios de la ancestral campiña su paisaje; un mosaico de campos verdes, de viñas y remolachas, se disponen en la parte baja del llano valle del Salado, al que le siguen los extensos campos amarillentos de los cortijos de El Puerto y Jerez, una privilegiada comarca por los frutos del mar y de la tierra, por sus canales de navegación interior y el esplendor de la cultura de la ciudad de Asta, cognominada Regia, a la que pertenecieron estos dominios.



21

Las playas de la costa occidental de El Puerto de Santa María. La casi inapreciable punta Bermeja, separa las playas de Fuentebravía de las de Santa Catalina, ambas en el término de El Puerto de Santa María y de finas arenas. La costa presenta un claro ejemplo de lo que ha sido la expansión residencial y turística de esta ciudad; sus bellos paisajes de pinares y viñedos, salpicados de villas de recreo de noble arquitectura, constituían un espacio muy atractivo para construir un buen número de urbanizaciones: El Manantial, Fuente Bermeja, El Ancla, Las Redes y ya en el confín de la foto, parte derecha, Vistahermosa. Tras la franja costera y el final de éstas, de nuevo la llana campiña de colores y formas en mosaico, destacándose la presencia de la laguna Salada, en el centro superior de la foto, una de las múltiples lagunas de estos parajes, que servían de hábitat a una multitud de aves litorales.



22

Las playas de Vistahermosa y Santa Catalina. En el término de El Puerto la expansión urbana que se desató a finales de la década de 1970, promovida por la inmigración de nuevos residentes procedentes de otras partes de la Bahía de Cádiz y de otras regiones así como por el desarrollo de un importante centro turístico, circunstancias que se plasman en esta foto, donde sólo quedan sin urbanizar unos pocos campos cultivados y eriales. Este tramo de la costa y playa de Santa Catalina era del dominio de las dunas móviles hasta que se comenzaron, en la segunda mitad del siglo XIX, a plantar de pinares para contenerlas y producir maderas útiles al cultivo de la viña y de la construcción. En este paisaje de pinares costeros se han ido construyendo un buen número de barriadas espontáneas y urbanizaciones como las de Vistahermosa y El Buzo, en primer plano de la foto, de muy diferente fisonomía y cualificación que ofrecen una imagen muy diversa del territorio.



23

Entre Vistahermosa y la desembocadura del Guadalete. La punta de Santa Catalina, donde restan las ruinas del magnífico castillo de principios del siglo XVIII, separa la playa de este nombre de la conocida como la caleta del Agua, que ha quedado encajonada entre los muros de la fortaleza y de la urbanización de Puerto Sherry, cuyo puerto deportivo, con 764 atraques, fue un proyecto muy contestado por el ecologismo. Junto a la urbanización Vistahermosa, con su pionero campo de golf, las manchas de pinares de las dunas de San Antón, que dejan en medio la barriada de Crevillet. La playa, encajada entre el puerto deportivo y el espigón de la desembocadura del río Guadalete, es la de La Puntilla, la playa por excelencia de los porteños y del inmortal poeta Rafael Alberti. Al fondo, y arriba de la foto, la ciudad de El Puerto, limitada por la franja del pinar y el río.



24

La desembocadura del río Guadalete entre El Puerto y Valdelagrana. Una perspectiva del río Guadalete y la ciudad de El Puerto de Santa María, que merece la felicitación del fotógrafo. En la orilla derecha del río, izquierda de la foto, la ciudad y la creciente playa de la Puntilla; en la orilla izquierda, su zona portuaria y parte de la urbanización de Valdelagrana con su playa; la diferencia de usos del suelo tiene que ver con la consistencia del terreno, con la formación natural de la bahía, que va ganándole espacio al mar con las marismas y las dunas, que luego la sociedad transforma en salinas (La Tapa, en una banda rosada), urbanizaciones, polígonos industriales (Las Salinas, banda amarilla, arriba y derecha de la foto, y el Parque Natural de la Bahía, en lo que va quedando. El acceso a la ciudad desde Cádiz se hacía por barco, como lo hace hoy el legendario y querido “Vaporcito del Puerto”, pero también por tierra, atravesando la extensa marisma y sus caños a través de caminos muy costosos y de puentes muy alargados: por eso El Puerto, se conoció en el medievo andalusí como al-Canatir, los puentes, construidos sobre una estructura de arcos que aún se conserva, en parte, bajo las aguas y su fondo arenoso. La desembocadura del río, auxiliado hoy por largos espigones y dragados, ha sido la gran protagonista de la historia de esta parte de la costa y de la provincia y, como no, de su evolución natural: loado sea.



25

El Guadalete, Valdelagrana y Los Toruños. Hacia los años 60, del siglo pasado, con la progresiva introducción del automóvil y los primeros escauceos de la actividad turística, la playa de Valdelagrana se fue poniendo de moda, con el atractivo de su espléndida naturaleza, y se fue masificando y convirtiendo en un afamado y pionero centro turístico de la Bahía de Cádiz y de la provincia, urbanizándose una extensa superficie primero en pequeñas parcelas con casa, “el chalet”, y después dando paso a las altas torres de apartamentos y a un sinfín de servicios para el turismo. La expansión de esta urbanización ha sido limitada con la declaración del Parque Natural de la Bahía de Cádiz; la playa, separada del río por un espigón y una zona de relleno, excelente en servicios ha mejorado también con la depuración de las aguas residuales de todas las ciudades que vierten al Guadalete. Uno de los caños que se destacan, arriba en la foto, señala el comienzo de la playa de los Toruños, que es ahora como fue la de Valdelagrana en otro tiempo, más o menos, y que forma parte del parque natural.



26

La Bahía de Cádiz entre los brazos del estuario del Guadalquivir. Los Toruños, en el centro de la foto, es una península que separa al mar de la bahía gaditana del río San Pedro, formada por cordones de arenas y marismas en diverso estadio de evolución (baja, media y alta) y de inundación, que es casi lo mismo. Constituye un enclave ecológico de interés, del Parque Natural de la Bahía de Cádiz, que se puede recorrer fácilmente a través de sus caminos y de su playa, la de Levante, donde tienen su hábitat muchos moluscos. Debajo de la foto, el polígono industrial y barriada del Río San Pedro, asentado sobre antiguas marismas y arenales han supuesto una severa transformación paisajística, con origen en los años 70 y por iniciativa del Estado. El pinar de La Algaída, a la derecha de la foto, con las instalaciones del Campus universitario de Puerto Real, se alarga cuatro kilómetros por la orilla del río configurándose como uno de los ecosistemas representativos y más interesantes de la bahía; la ruta verde que transcurre por él y comunica con Los Toruños por un novísimo puente de madera, es de especial belleza y disfrute natural.



27

La isla de Cádiz frente a las marismas del Trocadero, el Astillero de Matagorda y el Bajo de Las Cabezuelas. Las aguas de la Bahía de Cádiz separan la isla y antigua ciudad de Cádiz de la gran zona de marismas que se han ido formando en los últimos milenios en la cambiante desembocadura del río Guadalete, a través del río San Pedro y del caño del Trocadero. El Bajo de la Cabezuela y Matagorda, formaban parte de estas marismas antes de que se convirtieran en un importante enclave industrial, conformado por las instalaciones del gran astillero de Puerto Real, que tiene su origen en el de Matagorda (1879), y la planta Offshore, donde se construyen buques, plataformas petrolíferas y grandes estructuras metálicas. La isla del Trocadero, abajo de la foto y hoy Paraje Natural del parque de la Bahía, muestra las rectas líneas de la salina del Consulado, hoy en desuso, que se construyeron detrás del puerto carenero y comercial del Trocadero, del que se ven aún las formas de sus muelles y diques en el caño, de gran relieve en la historia de los siglos XVII y XIX; en su extremo, una pequeña península, sobre los ruinosos muros del fuerte de San Luis se adentra en la bahía y mira hacia la entrada, hacia el puente levadizo, José León Carranza, construido en 1969 para unir las orillas históricas de la bahía gaditana.



28

La ciudad de Cádiz entre las puntas de San Sebastián y San Felipe. La isla de Cádiz parece navegar sobre las aguas del océano. La ciudad que fundara Hércules en tiempos remotos, sigue brillando en este confín salado del mundo y abrazando al mar, con sus alargados brazos: el castillo de San Sebastián (1613), punto y final de la ciudad y de uno de los paseos más bellos y sugerentes posibles, y la punta de San Felipe, en el extremo derecho de la foto y del puerto. Cádiz, con su denso caserío y su racional urbanismo, se dibuja en el azul del mar con una silueta perfectamente recortada definida por su fuerte muralla, de los siglos XVI al XVIII, y los diferentes muelles del puerto y del astillero. Al inicio, separando la ciudad histórica de la moderna, el bello perfil de las Puertas de Tierra, abajo en la foto, contrasta los diferentes paisajes que aquí confluyen.



29

La ciudad y el puerto de Cádiz. La vista ahora de Cádiz es desde el noroeste, desde donde se descubre su silueta en estrella de múltiples puntas y la ciudad ofrece su espléndido flanco de poniente. Abajo y a la derecha de la foto, La Caleta de Santa Catalina conocida por “La Caleta”, con su pequeña playa y ensenada en la que buscó refugio ante un fuerte vendaval el almirante Cristóbal Colón a las pocas horas de emprender su cuarto viaje, un lugar lleno de historia y escenario genuino de la vida social gaditana. Los edificios del Balneario Real y, tras éste, el antiguo hospicio, conocido como Valcárcel, realzan con su noble arquitectura esta ancestral puerta del mar, con sus aguas salpicadas de brillantes barquillas. El castillo de Santa Catalina, en el centro y debajo de la foto, con su perfil en estrella es una obra pionera, 1598, y emblemática de la arquitectura militar, que cierra este flanco norte de La Caleta y se continúa a través de la muralla hacia el paseo de Santa Bárbara y el Parque Genovés donde sobresalen las altas palmeras y las verdes copas de los árboles; en su extremo, a la izquierda, el baluarte defensivo de Candelaria, forma un quiebro en la muralla oculta entre las grandes ramas de los ficus y araucarias de los jardines de la popular y sin par Alameda cuyo delicioso paseo, de bellos paisajes, se continúa por encima de la muralla de San Carlos, ahora sin sus grandes cañones. En la izquierda, la zona portuaria, construida sobre un gran relleno del mar, prolonga la estrella de la ciudad histórica, sin más ambición que la de dar servicio a los barcos y navíos que atracan en sus legendarios muelles y la de continuar el bello circuito de paseos de la muralla gaditana, hasta la punta de San Felipe.



La ciudad más antigua de Occidente. El casco histórico de Cádiz emerge sobre los restos de las distintas ciudades que desde su fundación por los fenicios, Gadir, se sucedieron hasta su última destrucción en el año 1596 con el saqueo por una flota angloholandesa, tras la cual se inició la reconstrucción en la que tiene origen la ciudad actual y su formidable perímetro fortificado. El desarrollo del comercio atrae a Cádiz a muchas gentes durante el siglo XVII, pasando de cinco mil a cuarenta mil habitantes. Desde la ciudadela medieval, hoy barrio del Pópulo, y la plaza de la Corredera, hoy San Juan de Dios (abajo en la foto), y centro neurálgico de la ciudad desde la antigüedad, la expansión urbana se dirigió hacia occidente avanzando en abanico. Sobre campos de huertas y viñas, se fueron trazando las nuevas calles, cruzadas en ángulo agudo, y construyendo magníficos edificios y portadas de piedra ostionera, nativa de estos arrecifes, que conformaron la ciudad barroca. Los grandes conventos de los Descalzos y Franciscanos, que más tarde cederían su solar para la creación de las plazas del Mercado (1823) y de Mina (1838), del convento de Santo Domingo,...Otros muchos edificios de relieve pertenecen a ese siglo, como el gran Hospital Real (1668) y la configuración de nuevas calles (Sacramento y Benjumea). La ciudad, sus habitantes y su riqueza siguió creciendo aún más en el siglo de las Luces, XVIII, de la mano de su ingente actividad comercial, con América y las posesiones españolas de ultramar, como Aduana exclusiva de tan suculento monopolio. La arquitectura de formas neoclásicas impregnará su expansión y reforma de la mano de una pléyade de arquitectos (Cayón, Albisu, Olivares y Benjumeda), que pondrán a prueba su arte en edificios singulares: la puerta monumental de las Puertas de Tierra (1751), la Cárcel Real (1792), el Hospicio (1763), la Aduana (1770), hoy palacio de la Diputación Provincial, abajo y derecha de la foto, la iglesia de la Santa Cueva (1781-1796) y la de San Felipe de Neri (1719) que sería la sede de las Cortes de Cádiz desde la cual se proclamaría la Constitución de 1812. Sin monopolio comercial la sociedad gaditana se enfrentó a un duro reciclaje del que a pesar de las iniciativas propias de la Revolución Industrial, como el suministro de gas (1856), la línea de ferrocarril (1861)...no consiguió recuperarse; y se pone fin a la construcción de la Catedral de Cádiz (1838), con su magnífica y atrevida cúpula revestida de azulejos, cuya obra se había ido demorando por muchos años. Se configuran el paseo de las Delicias y el Parque Genovés (1892) y se crean nuevas plazas, entre ellas la de la Catedral, Candelaria, La Merced,...En el siglo XX la ciudad heredada se ha mantenido con algunas incorporaciones singulares, como la del Gran Teatro Falla (1909), el edificio del Balneario de la Palma (1925), el de Correos (1925) y el paseo de Canalejas y la Plaza de España con su alegórico Monumento a las Cortes (1912).



31

El istmo de Cádiz entre la Bahía y el Atlántico. El desarrollo de la ciudad de Cádiz desde las Puertas de Tierra hasta más allá del fuerte de La Cortadura, siguiendo la barra arenosa, comenzó a mediados del siglo XX aunque mucho tiempo antes existiera ya el pequeño barrio de artesanos y hortelanos del barrio de San José. La vía del ferrocarril antes de su reciente soterramiento, línea recta en el centro de la foto, dividía la ciudad: el flanco interior de la bahía con las instalaciones portuarias e industriales así como una gran zona residencial (barriada de La Paz); y el flanco exterior, que mira al mar abierto, conformado como una gran zona residencial y turística junto a las playas de Santa Catalina y La Victoria. En el puerto, los muelles de la dársena comercial se continúan con los de la dársena pesquera y ésta con la del dique seco del astillero gaditano. El puerto de Cádiz, con su legendaria fama, tenía hasta principios del siglo XX un solo muelle, hoy llamado “Ciudad”, que contrasta con las más de setenta hectáreas de superficie, ganadas al mar, y casi dos kilómetros de muelles, de la actualidad. La modernización comenzó en 1903, después de una larga polémica sobre su ubicación y características que tuvo su origen en el primer proyecto moderno del puerto, en 1851.



32

El Puente Carranza entre Cádiz y Puerto Real. La canal de la bahía se ha ido estrechando por esta parte con las obras primero del castillo de San Lorenzo del Puntal (en 1612), donde se levanta hoy una de las altas torres del tendido eléctrico que cruza la bahía, y mucho después, a principios del siglo XX, la construcción de la Zona Franca e industrial de Cádiz, rematándose hace una década con el largo espigón llamado de “Levante” del puerto deportivo “Juan Sebastián Elcano”. El puente José León de Carranza, obra de 1969, enlaza las dos riberas donde en cada lado se despliegan los extensos polígonos industriales de Cádiz y de Puerto Real (Bajo de las Cabezuelas y Matagorda). La ciudad también se ha ido estrechando por esta parte desde el Estadio del Cádiz C.F. hasta el fuerte de La Cortadura, donde está hoy la entrada de la ciudad por el sur y donde la playa deja su nombre de La Victoria y toma el de esta fortaleza.



33

Las aguas interiores de la Bahía de Cádiz y Puerto Real. El espejo de agua de la Bahía de Cádiz, de su saco interior, presentaba esta diversidad de tonos en el momento de la foto, poniendo al descubierto la secuencia de sus fondos y dejando ver las siluetas de sus canales por donde entran y salen las aguas con las mareas, como el del caño o canal de La Carraca, en el centro de la foto. Desde la salina de El Consulado y la Isla de El Trocadero, a la izquierda y abajo de la foto, hasta la ciudad de Puerto Real, una ancha y creciente franja de fangos mareales se va extendiendo hacia levante y tiende a ir cerrando este saco de la bahía, proceso al que contribuye la entrada del caño de Sancti Petri, que pasa entre La Carraca y La Avanzadilla. En este perímetro costero sólo se han formado dos pequeñas playas: “Cachucha”, en Puerto Real, y “La Casería” de Ossio en San Fernando. Tras el litoral, se sucede en el paisaje la campiña gaditana con su mosaico de campos, y cuyos límites se pierden al pie de las sierras, en cuya silueta de crestas asoman las cimas de la sierra del Pinar, al centro e izquierda de la foto, y las del Aljibe, cuyos picos sobresalen por el horizonte, en ese luminoso día.



34

Puerto Real y las marismas del Guadalquivir. La ciudad de Puerto Real fue fundada por los Reyes Católicos hacia 1483 con la intención de crear una base portuaria propia en la Bahía de Cádiz y formar un pueblo sin distinción de clases sociales. Sin embargo, toda la antigua línea de costa de esta parte estaba ya bien poblada en la época romana, ocupada tanto en las pesquerías como en la industria de los alfares, de donde salían gran parte de las ánforas que se fabricaban y comercializaban desde la bahía. La Villa de Puerto Real no tenía murallas ni defensas por lo que fue en el pasado hostilizada con violencia por parte de las armadas de las potencias europeas, que la asolaron varias veces y debió ser reconstruida. Su estructura urbana formando manzanas cuadradas de viario rectilíneo, refleja una concepción moderna del urbanismo difundida por los reyes fundadores que se ha mantenido desde entonces a pesar de los quiebros de su historia. La ciudad de hoy guarda su vinculación marinera de múltiples formas, destacándose por su desarrollo de la industria naval.



35

La Carraca y su entorno. El interior de la Bahía de Cádiz es el dominio de los fangos intermareales, de las marismas, de las salinas y de las construcciones militares que se ubicaron en esta zona precisamente por su difícil acceso y su seguro refugio. En primer plano de la foto, los muelles de La Avanzadilla y los esteros desecados de la salina “La Chica”, en su flanco interior; en la otra margen del caño se encuentra la isla de La Carraca, donde se asientan el arsenal, construido a finales del siglo XVIII sobre una extensión de 66 hectáreas de marismas que se afianzaron clavando en el suelo grandes troncos de árboles traídos como lastre desde América, y las instalaciones de la Empresa Nacional Bazán dedicada a la construcción naval y al mantenimiento de los navíos. A la derecha, una parte de la zona militar de la San Carlos, en San Fernando, y el polígono industrial de Tres Caminos, en el término de Puerto Real.



36

La Bahía de Cádiz desde Levante a Poniente. La Bahía de Cádiz se puede ver como una serie de islas unidas por marismas y salinas o cordones arenosos. Los sinuosos caños de Sancti Petri y del Zurraque, abajo en la foto, son las arterias que dan vida a las salinas, esteros y granjas marinas de esta parte, donde confluyen los términos municipales de Chiclana, Puerto Real y San Fernando. Abajo y a la derecha de la foto, el núcleo de carreteras de Tres Caminos, donde se inicia la carretera más larga de España, la actual N-340. La ciudad de San Fernando, en el centro, se une a través de un estrecho istmo arenoso del tipo “cola de cometa”, que cierra la bahía por esta parte; la isla El Trocadero, Matagorda y el Bajo de las Cabezuelas, estrechan la canal de la bahía, que tiene su salida al mar, entre Cádiz y Rota, arriba y a la derecha.



37

La ciudad de San Fernando vista desde el noroeste. La isla de León, llamada Erythrea por los geógrafos de la antigüedad, muestra su perfil sobre los terrenos de marismas y salinas que la circundan; la isla era un oasis de huertas y de fértiles campos en medio de la bahía, un enclave privilegiado. De todos los asentamientos que existieron sobre esta isla, es la ciudad de Ad Ponten (de La Puente) la que puede considerarse antecesora de la actual, que se aprecia en la foto. Tomó su nombre del cercano viaducto que atravesaba el caño de Sancti Petri, conocido desde tiempos de Felipe II como puente Suazo, el cual sirvió de calzada, la Vía Augusta, y de acueducto romano para el agua del Tempul. En el medievo, era su sólido castillo, hoy llamado de San Romualdo, el que defendía este paso y esta pequeña población por entonces. Sin embargo, el desarrollo de la ciudad se inicia siglos más tarde, cuando fue elevada la categoría de cabeza del Departamento Marítimo, en 1769, y La Carraca se convirtió en el nuevo Arsenal de la Armada. La Villa de la Isla de León, tendría el honor de ser la primera sede donde se celebraron las primeras Cortes Constituyentes de la historia de España, en septiembre de 1810, pasando a ser renombrada desde entonces como Ciudad de San Fernando.



38

Desde San Fernando a Chiclana de la Frontera. La zona norte de San Fernando queda ocupada en gran parte por las instalaciones militares de la Población de San Carlos, en primer plano, iniciada su construcción en 1776, por orden de Carlos III, de cuya época conserva importantes edificios. El flanco costero cambia aquí de paisaje y las tierras llanas y arenosas llegan hasta la orilla del mar de la bahía, dando lugar a la formación de la playa de la Casería, un paraje muy singular por su naturaleza y humanidad. En esta ribera, se conservan algunas huertas y prados que fueron el primor de la agricultura de la isla. La vía del tren separa esta zona del casco histórico de San Fernando. Hacia levante, el polígono industrial de Tres Caminos, en medio de las marismas y salinas, y la antigua línea costera de Chiclana, cuya superficie blanca se aprecia arriba de la foto.



39

San Fernando entre el caño de Sancti Petri y la Bahía. Los contrastados paisajes de esta zona nordeste de San Fernando se delimitan fácilmente siguiendo el itinerario del caño de Sancti Petri y su afluente de San Carlos, y del trazado de la línea de ferrocarril; las salinas, como la antigua y aún en producción de San Juan Bautista, y las marismas, como la de los Santos Patronos, a la derecha de la foto, se contraponen con los diversos paisajes urbanos que presenta la ciudad, en los que se contraponen las formas, colores y texturas de la Población de San Carlos, del casco histórico y de las nuevas zonas residenciales construidas en altura, en bloques de pisos; el pequeño enclave de La Casería de Ossio, cuya punta se adentra en la bahía, resalta aquí su paisaje singular, de tonos verdes, de pastos, huertas y setos arbolados.



40

El istmo de Cádiz, las marismas del Río Arillo y San Fernando. Desde poniente, el istmo de Cádiz con las playas del Chato y de Torregorda y, más abajo de la punta de Poniente, las de Urrutia y Camposoto, se abren al océano siguiendo un cordón de dunas que cierra este flanco de la bahía; las marismas del río Arillo y las salinas y esteros circundantes, son atravesados por las rectas líneas del ferrocarril y de la autovía nacional IV, que unen Cádiz con San Fernando cuyo blanco y llano perfil blanco se destaca en el paisaje, centro de la foto. De la isla queda en verde el cerro de Los Mártires, colindante con Camposoto y con las marismas del caño de Sancti Petri, cuyas aguas se ven por el levante y en cuyo horizonte resalta la ciudad de Chiclana. Tras la línea de las bajas sierras del litoral, la cumbre del Aljibe con 1.091 metros de altitud y a la distancia de sesenta kilómetros de Torregorda.



41

El delicado istmo de Cádiz. Este tramo de la “cola de cometa”, de la barra arenosa del istmo de Cádiz, correspondiente a la playa del Chato, es el más estrecho, con menos de 200 metros entre el mar exterior y la bahía con marea llena. Esta formación se apoya sobre un pequeño arrecife de roca ostionera y se limita con la autovía y el ferrocarril pero también con la antigua calzada romana que yace enterrada y que sirve de muro de contención del depósito dunar. De hecho el carácter rectilíneo de esta costa se debe a estas vías de comunicación ya que de forma natural este istmo habría progresado de una forma diferente, adentrándose en la bahía e incluso llegando a desaparecer.



42

El Sur del Parque Natural de la Bahía de Cádiz. La playa de Camposoto al pie del cerro de Los Mártires, en San Fernando, forma parte de la flecha arenosa que ha ido cerrando la desembocadura del caño de Sancti Petri, en el centro de la foto, y favoreciendo la formación de marismas naturales sobre las que se construyeron salinas, como las del Estanquillo, muy antiguas y aún hoy en producción como se ve en el brillante color blanco de sus cristalizadores (a la izquierda), y las de Santa Leocadia y La Calavera, hacia la derecha, que son a su vez granjas marinas. Las aguas turbias del caño, con su tono verdoso, delatan la gran cantidad de arenas y limos que trasportan con sus movimientos mareales.



43

Sancti Petri, entre San Fernando y Chiclana de la Frontera. La desembocadura del caño de Sancti Petri es una de las zonas más dinámicas de la costa además de una de las de mayor belleza e interés por sus paisajes y ecología. La flecha arenosa de la playa del Castillo, en la margen derecha del caño, es posterior a la formación de la contraflecha sobre la que se asienta el poblado almadrabero de Sancti Petri; la desembocadura se ha ido introduciendo hacia el interior y estrechándose; el recto y alargado arrecife, que sirve de rompiente de las olas, lleva al castillo donde se asentó el famoso templo de Melkart, el dios fenicio, después llamado Hércules por los romanos. Junto a éste, la punta del Boquerón y la península del poblado de Sancti Petri son enclaves de gran valor histórico y de especial interés ecológico dentro del Parque Natural de la Bahía de Cádiz, resaltado en la época de paso de las aves migratorias que circundan esta costa, cuya belleza no necesita comentarios.



La Bahía de Cádiz vista desde el cielo de La Barrosa. Una perspectiva casi completa de la Bahía de Cádiz de variados paisajes y formas sugerentes. Con la marea llena, el paisaje se inunda y se llena de tonos el azul de las aguas. La costa desde Cádiz a Chiclana muestra la heterogeneidad de sus tramos y paisajes; al sur del caño el arrecife y pequeño acantilado de este tramo rocoso y arenoso de la playa de La Barrosa, tras el cual se destacan los pinares de Sancti Petri; al norte, desde la punta del Boquerón, la costa se sucede de dos escalones separados por la punta de Poniente, quedando las playas de Cádiz más hacia dentro del mar por la resistencia que ofrece al embate de las corrientes y de los vientos, debido a la construcción en el istmo de las infraestructuras de carreteras y ferrocarril. En el interior de las marismas de Sancti Petri sobresale del paisaje, el coto de la Isleta, una isla cubierta por completo de pinos piñoneros y lentiscos, en un entorno mágico, que supieron colonizar los romanos.



45

Sancti Petri y Chiclana de la Frontera. La desembocadura del caño de Sancti Petri era un lugar frecuentado por los atunes que recorrían la costa en su movimiento migratorio de ida y vuelta al Mediterráneo. La antigua almadraba de Sancti Petri está en el origen del poblado que construyera el Consorcio Nacional Almadrabetario, a principios de la década de 1950, sobre doce mil metros cuadrados de esta península y en un enclave de gran belleza e importancia histórica; el puerto náutico ha venido a revitalizar la singular ruina en la que se encuentra. La punta de las Piedras separa la playa de Sancti Petri de La Barrosa, dejando atrás el pinar, con las nuevas urbanizaciones, y el mosaico de formas del paisaje marismeño: desde la geometría moderna de los esteros de la granja marina de Sancti Petri y muros de las salinas, de Santa Teresa, a las difusas y sinuosas de los múltiples islotes de fango que resaltan sobre la lámina de agua. Al fondo, hacia el centro de la foto, la ciudad de Chiclana de la frontera y las barriadas y urbanizaciones de su entorno.



46

Chiclana de la Frontera vista desde poniente. La ciudad de Chiclana de la Frontera se destaca con su blanco caserío entre los invernales tonos verdes de las geométricas salinas y de los campos cultivados y las dehesas. El río Iro, en otro tiempo navegable, atraviesa hoy la ciudad que antes se extendía sólo en la orilla Sur: la Banda, como se le reconoce desde hace siglos, era la población finisecular mientras que la otra orilla era sencillamente el Lugar. Su fundación es muy antigua aunque se desconoce con exactitud su origen. La existencia de un castillo conocido por varios nombres, entre los que se cita el de Tiro, abre una relación con el mundo fenicio y la fundación de la ciudad de Assido (la Sidon de la Bética). Las apreciadas condiciones naturales de su fértil territorio, la abundancia y variedad de aguas potables y medicinales, así como su clima “muy templado y estremadamente saludable”, como se refiere a mediados del siglo XIX, crearon una estrecha relación con las gentes de las islas cercanas, que desde tiempo inmemorial la tuvieron como “un verdadero sitio de recreo para las gentes acomodadas de Cádiz”.



47

Chiclana de la Frontera y su periferia vista desde el Sur. Chiclana de la Frontera es una de las ciudades andaluzas que más ha crecido en extensión durante las últimas décadas. Su condición de “sitio de recreo” privilegiado le proporcionaba un importante beneficio a su economía: la frecuentación de los baños medicinales y de sus playas era una constante que dio lugar a que Chiclana fuera reconocida por sus múltiples atractivos. Sin embargo, la ciudad se mantuvo en unos límites modestos de expansión, hasta los años setenta del siglo pasado, en los que se inicia un frenético crecimiento urbano que llega a ocupar hoy día una vasta extensión, como se aprecia en la foto, que anteriormente fueron campos de viñas, huertas y pinares.



La Barrosa y su entorno urbanizado. La expansión urbana de Chiclana ha afectado a gran parte de su término tanto a la franja costera como a la campiña; las parcelaciones urbanísticas se han multiplicado, la moda de tener un “campito” en Chiclana se impuso entre los gaditanos e isleños dando lugar a un sistema de asentamiento diseminado muy fragmentado y variado en su tipología. La playa de La Barrosa que fue sede de dos importantes almadrabas del Duque de Medina Sidonia y después una zona de baños privilegiada, se mantuvo casi intacta, con sus densos pinares, hasta los años 70 en que comenzó a desarrollarse un importante centro turístico, que es el que existe hoy; afortunadamente, un pionero plan de urbanismo realizado por un gabinete inglés (Doxiadis) impuso la coexistencia entre el paisaje y el turismo y no se construyeron los altos bloques de apartamento característicos de otras playas.



49

La parte de levante de la playa de La Barrosa. La urbanización Novo Sancti Petri, en el frente costero, es una incorporación de finales de los años 80 que aún sigue su proceso de desarrollo y construcción. El inmenso pinar que cubría la mitad sur de la playa de La Barrosa perdió su protección especial como suelo no urbanizable dando paso a uno de los centros turísticos más cualificados de todo el litoral andaluz: el campo de Golf, diseñado por Severiano Ballesteros, supuso el inicio de esta transformación a la que pronto se sumaron un buen número de hoteles de cuatro estrellas y de urbanizaciones residenciales. El desarrollo del “Novo” ha trascendido más allá del litoral y ha afianzado a Chiclana como uno de los centros de servicios más importantes de la provincia.



50

Las playas de La Barrosa y El Puerco. Entre las urbanizaciones del Novo Sancti Petri, en cuyo extremo se aprecia la laguna grande de su campo de Golf y algunos de sus núcleos residenciales, y la de Cabo Roche, el tramo costero lo forman las anchas playas de La Barrosa y del Puerco (el atún era conocido como el “puerco del mar” de ahí el nombre) de arenas muy finas. Tras éstas y del camino vereda de Cádiz, se extiende una amplia zona en proceso de urbanización que se limita con los pinares de Roche y de Campano, cuya laguna puede apreciarse. Hacia el interior la fértil campiña de Chiclana y Conil se muestra fragmentada en pequeños campos irrigados con cuyos productos se abastece a la creciente población turística.



51

La costa entre la urbanización Cabo Roche y la villa de Conil de la Frontera. La playa del Puerto se continua por la costa conileña donde ha tomado el popular nombre de playa de Roche por la urbanización que se ha ido construyendo, desde principios de los años 70 del siglo XX, sobre el denso pinar, ahora desmantelado en parte por la no menos densa edificación que, al menos y de momento, no ha superado la altura de las copas de los pinos. El pequeño acantilado arenoso va ganando altura hasta la punta del Frailecillo donde asoma el estrato rocoso en el que se han formado las recónditas y agrestes calas de Roche que se prolongan hasta el cabo, cuya cima lo corona la torre medieval con su faro y donde se ubica uno de los excepcionales miradores paisajísticos de esta costa que se inflexiona aquí formando una ensenada que aprovecha el puerto de Conil y sirve de desembocadura al corto río Roche; hasta la Villa de Conil de la Frontera (a la derecha de la foto), la playa se extiende a los pies del acantilado formando un nuevo grupo de calas, más abiertas y amplias que las anteriores, que son muy frecuentadas por los bañistas en verano.



52

Entre Conil de la Frontera y Cádiz, pasando por Cabo Roche. Una perspectiva en la que puede verse la costa desde la ciudad de Cádiz hasta las cercanías de Conil de la Frontera. La costa atlántica, de anchas playas de arenas muy finas, da paso a un tramo de altos acantilados y pequeñas calas, de empinado acceso, que tienen su extremo en cabo Roche; desde aquí hasta Sancti Petri, la mancha de pinar, plantada desde finales del siglo XVIII para abastecer a la industria naval con sede en La Carraca, cubría estos doce kilómetros de costa almadrabeira, cuya tradición pesquera aún se sostiene con base en el puerto de Conil donde se pueden ver los centenares de mohosas anclas que fijarán las redes de la almadraba al fondo marino. Desde el puerto hacia el Sur los acantilados se mantienen pero cambian la roca por los perfiles arenosos; la playa se recupera en la bella y secreta cala del Aceite, continuándose hacia Conil en una sucesión de calas cada vez más amplias.



53

Entre Cabo Roche y la Villa de Conil de la Frontera. La ensenada del Cabo Roche es uno de los extremos del gran arco que forma aquí la costa y que se cierra en el cabo de Trafalgar. El reciente puerto de Conil, fue antes almadraba y embarcadero de Roche y, hace millones de años, un refugio ballenero, alguno de cuyos fósiles permanecen entre los estratos rocosos del acantilado que lo separa de la cala del Aceite, formada en la desembocadura del arroyo del Campamento; las calas Melchor, de los Pitones, del Sudario, del Quinto y de Camacho se suceden desde aquella hasta la ancha playa de la Fontanilla y su continuación en la de los Bateles, frente a la Villa de Conil. El paisaje de campiña que dominaba este tramo costero va cediendo ante la presión urbanizadora impulsada por el turismo; los numerosos campings de esta zona aprovechan enclaves naturales de gran belleza.



Calas y playas de Conil de la Frontera. La costa desde la punta del Sudario, en el extremo izquierdo de la foto, cambia su paisaje de pequeñas calas (del Sudario, del Quinto y de Camacho) por el de las playas de la Fontanilla y Los Bateles, que ganan en extensión a los pies del acantilado arenoso. El camping y la urbanización de la Fuente del Gallo ocupan este lugar privilegiado del alto acantilado que se prolonga hacia el interior con los campos del pago del Zorro y El Pradillo. La playa de la Fontanilla, hasta hace poco un reducto de pescadores, se ha convertido en una de las más frecuentadas por los bañistas que acceden a esta fácilmente con el coche. La expansión urbana de la Villa de Conil ha llegado hasta estos confines, situando aquí el hotel El Fuerte y la urbanización de La Atalaya, en el entorno del pinar público.



55

Villa de Conil de la Frontera. La Villa de Conil de la Frontera es hoy uno de los enclaves turísticos más importantes y singulares de la costa atlántica andaluza. Sus orígenes conocidos son muy antiguos y durante milenios ha sido un enclave marineró dedicado a la pesca y a los salazones. Desde que ganó el sobrenombre “de la Frontera” fue capital del imperio almadrabero del Duque de Medina Sidonia y con ello un lugar tan pintoresco como loado por la picaresca del momento, que nos revelara el inmortal Miguel de Cervantes. Las calles empinadas y estrechas de la villa vieja, presidida por la monumental Torre de Guzmán, se llenan en verano y en fechas señaladas con una multitud de gentes de todas partes en un ambiente tan colorista como relajado y entregado a la diversión. La playa de Los Bateles, a la que se accede desde el paseo Marítimo, es una de las más extensas del litoral gaditano, con amplias bajamares y aguas tranquilas.



56

Al Sur de Conil y su río Salado. Una de las playas más bellas del litoral gaditano es ésta de Castilobo; la singular torre de la almadraba, que da nombre a la playa, preside con su excelsa planta renacentista este tramo de costa donde sigue prevalece el paisaje agrícola tradicional con toda su colorido y serenidad. El arroyo Salado limita la Villa de Conil y sirve de frontera de este paisaje aislando a esta playa a la que no llegan los coches; las mareas traen nuevas arenas que van ganado terreno al mar y dejando tras de sí pequeños campos de dunas en formación que la separan de las llanas tierras de pasto y de labor de secano que se sitúan sólo unos metros por encima del nivel del mar, formando una extensa planicie donde antes el océano se adentraba.



57

El Palmar de Vejer. La playa del Palmar, único tramo costero que resta al municipio de Vejer de la Frontera después de las segregaciones de Chiclana, Conil y Barbate, es uno de los enclaves más singulares de la costa gaditana por su paisaje y su historia y en tiempos recientes, por los atractivos como zona de baños en verano y de practicantes del surf casi todo el año. Este paraje aún conserva muchos vestigios de su pasado almadrabero que le llenó de torres vigías y piletas de salazón; la ruina de las almadrabas favoreció que se constituyera la colonia agrícola de El Palmar, dando origen a este paisaje agrícola en la ribera del mar. La afluencia turística se deja sentir en el verano y ha promovido la construcción de restaurantes y alojamientos en el flanco de la playa así como a un creciente número de edificaciones por toda la colonia, que están transformando su apreciado paisaje.



58

Desde Castilobo a Zahara de los Atunes pasando por Trafalgar y Barbate. Las playas arenosas se suceden desde la torre y playa de Castilnovo hacia el Sur, hacia la colonia agrícola de El Palmar, hacia los arenales de Zahora que llegan hasta el sobresaliente cabo de Trafalgar, donde de nuevo la costa cambia de dirección y de nuevo deja aflorar a impresionantes acantilados rocosos. Las playas de los Caños de Meca y de Guadalupe, orientadas hacia el Sur hacia el Estrecho de Gibraltar, se va estrechando y dando paso a los acantilados de Meca que llegan hasta las marismas del río Barbate, donde de nuevo aparecen las anchas y largas playas que se suceden hasta Zahara de los Atunes. La costa en este tramo, y en primer plano de la foto, es una extensa planicie que se va elevando hasta las cimas de las dunas fósiles de Meca, sobre las que hoy vive el excelente pinar costero del Parque Natural de La Breña.



59

Desde la costa de El Palmar y Zahora hacia las dehesas de la villa de Benalup. Un bello día de primavera queda reflejado en la foto de esta tramo costero entre El Palmar, a la izquierda de la foto, y Zahora en el otro extremo, separadas por el histórico arroyo de San Ambrosio, en otro tiempo navegable, que se ve en la foto como un pasillo verde que llega hasta el mar. Las anchas playas arenosas han dejado atrás su pasado almadrabero, superviviente en la toponimia (La Chanca y El Atunar) y en los dispersos restos de sus antiguas edificaciones. La costa libre de edificaciones se muestra en su estado natural bajo el batir de las olas; el pinar del Parque Natural de la Breña, sobre los Caños de Meca, y la extensa planicie de la campiña tapizada de verdes y claros, rodean estas playas de singular belleza y estado de conservación natural.



60

Zahora y la costa norte barbateña. Desde el arroyo de San Ambrosio hacia el Sur, la playa va cambiando de nombre en pequeños tramos, lo que da idea de la antigua colonización de éstas. Son las playas de la Caldera, del Caletón, de Zahora, de los Nidos y la de las Plumas, que llega hasta el cabo de Trafalgar. El antiguo núcleo almadrabero de Zahora bien comunicado por caminos y veredas, como la del Mar que limita las playas, quedaba aislado en este tramo de costa de singular belleza paisajística; la agricultura y la ganadería extensiva y la plantación de pinos de Meca llenaban el paisaje interior de esta costa almadrabra; la afluencia turística a estas playas naturales dio inicio a un proceso de construcción de pequeñas casas y chalets que se ha ido densificando con el tiempo y dando lugar a la formación de la barriada de Zahora.



61

La costa del municipio barbateño. Una vista panorámica de la costa barbateña desde Zahora a Zahara de los Atunes, ocupando el centro de la foto, el cabo de Trafalgar, al final de la península formada por campos de dunas, y el extenso pinar del Parque Natural de La Breña atravesado por sus rectos cortafuegos. Un largo y variado tramo de costa de gran interés natural, paisajístico y cultural donde la presión turística y urbanizadora no ha sido severa. La foto desvela la importancia que tiene la armonía de los paisajes de las playas y costas con los de su entorno, hacia el interior del continente.



62

Trafalgar. El cabo de Trafalgar, *tarf al-'agarr*, el cabo Blanco, por sus arenales, es uno de los lugares más sobresalientes de la costa atlántica andaluza por su geografía y por su historia. El promontorio rocoso se une al mar por una ancha barra arenosa, dominada por jóvenes dunas en formación, que llega a inundarse en parte en los temporales y mareas vivas. En lo alto de su acantilado ostionero se han sucedido diversos asentamientos desde la antigüedad, suponiéndose que tuvo aquí su templo la diosa Juno, reina del cielo y diosa de los navegantes; de su pasado queda la ruina de la torre islámica de Meca al pie del fragmentado acantilado que retrocede ante el empuje del mar; este cabo se considera como el límite norte del estrecho de Gibraltar cuyas aguas y corrientes se hacen patentes en su frente, donde parecen hervir y por eso le llaman el bajo de la Aceitera, un lugar tan peligroso como interesante para la práctica del submarinismo. De aquí la importancia y potencia de su faro.



63

Caños de Meca, el pinar de La Breña y en lo alto Vejer de la Frontera. La playa de Caños de Meca, con su arrecife que sirve de rompeolas, se ha ido formando en la ensenada de Trafalgar. Las arenas dominan este paisaje desde la playa hasta las altas dunas fósiles de La Breña, fijadas con la plantación del extenso pinar que forma parte del Parque Natural de la Breña y Marismas del Barbate. El centro turístico de Los Caños de Meca, ha venido a desarrollarse en este tramo de costa y no de forma muy respetuosa con el paisaje. Tras la loma del pinar el paisaje desciende al valle del arroyo de San Ambrosio y después se eleva por las lomas de Buenavista, con los nuevos molinos de viento, destacándose el perfil blanco de la Villa de Vejer de la Frontera.



Entre Los Caños de Meca y El Retín. El pinar de La Breña se extiende de este a oeste a lo largo de diez kilómetros y en su frente más ancho casi llega a los cuatro. Su tupida masa arbórea de pinos piñoneros, importados de la serranía de Cuenca, fue plantado a finales del siglo XIX a solicitud de la Sociedad Económica de Amigos del País de Vejer. Con ello se consolidaban las dunas volanderas instaladas en lo alto de esta planicie rocosa y se creaba una importante fuente de riqueza y empleo. Su interés paisajístico y ambiental hicieron que este monte se declarara, en 1989, Parque Natural, el cual recibe hoy el nombre de La Breña y Marismas del Barbate. La costa va estrechando la playa hasta la punta del Tajo, donde el acantilado se convierte en rompeolas.



65

El pinar de Caños de Meca. El acantilado de la Breña es una de las formaciones más singulares del litoral gaditano por su paisaje, aislamiento y geología. Sus casi cien metros de caída vertical, lo destacan como una muralla imponente, casi infranqueable desde el mar. La estrecha playa del Castillejo, a la izquierda de la foto, se continúa en un enclave de especial belleza, la de la Cortina, que toma el nombre de los caños de agua dulce que caen en cascada hacia el mar. La punta del Tajo marca la divisoria del alto acantilado que se continúa hacia el oeste, a la derecha de la foto. El pinar de la Breña se ve ahora de sur a norte en todo su ancho, casi cuatro kilómetros, cruzado por sus cortafuegos y limitado por la campiña vejeriega.



66

Desde la torre del Tajo a la playa de la Hierbabuena. El acantilado de La Breña pasa por diversos estadios desde su caída en forma de tajo vertical, de cien metros de altura, hasta sus formas más suaves hacia la playa de la Hierbabuena, a la derecha de la foto. La parte alta del acantilado sirve de itinerario a una ancestral ruta que lleva el nombre de Vereda de la Playa y se hace defender por la redonda torre del Tajo, o de la Tembladera, construida a finales del siglo XVI, que queda expuesta como todo este frente a los fuertes vientos consiguiendo que los pinos se abanderen. El pinar se continúa por la ladera de la alargada loma de Vejer, separando la campiña alta, a la izquierda, de la ribera del Barbate, colonizada por huertas y casas y sede de la antigua ermita de Nuestra Señora de La Oliva.



67

Puerto, villa y río de Barbate. La Villa de Barbate se ubica en la desembocadura del río de su mismo nombre sobre un antiguo lecho arenoso cuya barra se alarga cerrando esta boca del mar y formando la playa del Carmen. La ciudad es un lugar de pura cepa marinera desde la antigüedad, cuya historia se vincula a la costa y a la pesca, en particular a la del atún en sus famosas almadrabas: la ciudad y puerto de Baesippo existieron en esta ribera en los siglos de la dominación romana y llegó a acuñar monedas, grabando en estas las siluetas de los atunes. Tras el esplendor vinieron otras etapas en las que fue decisiva la defensa de este paso estratégico, reduciéndose a un castillo, el de Santiago y a una pequeña aldea que a mediados del siglo XIX sólo tenía poco más de doscientos habitantes. La puesta en producción de su antigua almadraba atrajo a nuevas gentes y una creciente economía, hasta el punto de que pocas décadas después, en 1938, se independizaba como municipio del término de Vejer de la Frontera, contando entonces con más de 7.000 habitantes y hoy con unos 20.000. Barbate sigue fiel a su almadraba y a los atunes, a su puerto, llamado de la Albufera, y a su tradición marinera, a pesar de las crisis.



Barbate desde el cielo de levante. Con el mar de fondo ahora, la Villa de Barbate despliega su llano y blanco manto en medio de éste contrastado paisaje donde se conjugan los elementos naturales y culturales. El estuario del río Barbate con sus caños, marismas y salinas es hoy parque natural y una importante zona húmeda que sirve de hábitat a muchas especies de aves marinas. El serpenteante río ha ido perdiendo fuerza y dejando que las arenas y fangos le vayan cerrando el paso; la bahía que existió en la antigüedad se adentraba hasta las inmediaciones de la Barca de Vejer, donde se mantuvo el importante puerto del Barbate hasta el siglo XV, a unos ocho kilómetros, y el río era navegable más al interior comunicando con la laguna de La Janda. El puerto pesquero de La Albufera, en la Villa de Barbate, ocupa hoy el lugar de aquellos.



69

La playa del Cañillo. La desembocadura del río Barbate, a la izquierda de la foto, separa la playa del Carmen de la del Cañillo, llamada así por un pequeño caño que desaguaba al mar por el otro extremo de la boca del estuario del Barbate. Las marismas forman parte del parque natural como humedal de gran interés ecológico; sus 1.500 hectáreas de superficie forman un enclave de especial importancia para la flora y la fauna litoral: la diversidad de especies vegetales que colonizan los distintos estadios de marismas y caños se complementa con un amplio muestrario de peces, crustáceos, moluscos, anfibios,..., y aves que crían o son ocasionales en estos parajes de hábitat diversos, abundando las limícolas, terreras, cojugadas, etc, y sin faltar grandes rapaces como el águila imperial.



70

La costa al Sur de Barbate y la cercana tierra africana. Desde el interior del estuario del río Barbate la vista que se ofrece en este claro día desvela el estado natural de este tramo de costa, el estrechamiento del océano hacia su embocadura tarifeña y el cingulo de montañas de las cordilleras del noroeste de Marruecos que van perdiendo altura hacia el Oeste, derecha de la foto, donde se localiza la bahía y ciudad de Tánger, la puerta de África como se le ha llamado. La playa del Cañillo se continúa con la playa de Zahara formando una línea casi recta construida por la doble acción de las corrientes litorales y los vientos y una banda ancha de superficie de playa, cuyas arenas tapizan también los suelos de la planicie sobre los que hoy crecen los pastos; el monte bajo, a la izquierda, de la sierra del Retín llega hasta la misma ribera del mar y limita con Zahara de los Atunes.



71

El Retín y la playa de Zahara. La sierra del Retín es uno de los enclaves litorales que se destacan por su estado de conservación natural y por su controvertido uso como “zona militar o campo de adiestramiento”. En este tramo de costa circundado hoy por la recta playa de Zahara, la única edificación que existe es la del cuartel de Casma, antiguo cortijo y aldea que sirve de base militar. En este frente costero la sierra deja ver los cambios que se han producido en la línea de costa con el retroceso de la plataforma de abrasión marina en tres estadios, correspondientes a los deshielos de las épocas glaciares conocidas durante el pleistoceno, desde hace un millón de años; en la cobertura vegetal se aprecia la incidencia de los incendios que afectaron al monte bajo de la sierra y el dominio de los pastizales en las tierras bajas y llanas del entorno de la misma, los glacys.



72

Desde El Retén a Tarifa. Un largo y cambiante tramo de costa que se inicia en la sierra del Retén y en la playa de Zahara y se prolonga hasta la isla de las Palomas, en Tarifa; al fondo, la silueta de las montañas del continente africano. La línea recta que traía la playa desde la desembocadura del río Barbate llega hasta el cabo de la Plata, donde la costa comienza a curvarse y a cambiar de derrotero; entre el cabo Camarinal y la sierra de San Bartolomé queda la ensenada de Bolonia y más al sur la de Valdevaqueros rodeando después la sierra de Enmedio y llegando por la playa de los Lances a Tarifa. Una costa de excepcional valor natural y calidad paisajística así como de gran riqueza cultural por la variedad de culturas que se han sucedido y cuya historia se ha relacionado con las factorías de salazones y las almadrabas pero también con la vigilancia y defensa del estrecho de Gibraltar.



73

La sierra del Retín y Zahara de los Atunes. Los depósitos arenosos transportados por las corrientes de deriva litoral han ido ganando terreno al mar, separando la costa de la falda de la sierra del Retín, e incluso cegando la desembocadura del río Cachón, entre ésta y la aldea de Zahara de los Atunes, y propiciando que sus aguas se embalsen en esta zona. Las dehesas y montes dieron paso con la revolución liberal a la formación de la campiña tarifeña con sus grandes cortijos como Quebrantanichos del Moro y aldeas, como La Zarzuela y El Almarchal, se extiende sobre esta planicie ondulada que separaba la laguna de La Janda de la costa y formó parte del término de la ciudad de Baelo Claudia; en sus lomas y cerros, tapizadas por el verde de pastos y cultivos, destacan hoy los blancos fuselajes de los generadores eólicos.



74

Zahara, La Zarzuela y El Almarchal. La aldea de Zahara de los Atunes deja claro ya en su nombre la razón de su origen. En la antigüedad existió aquí una factoría salazonera relacionada con la Baelo Claudia, a cuyo término pertenecía y con la que estaba comunicada por la ancestral vereda de la Playa, que pasa por delante del castillo de la Almadraba, que construyera el duque de Medina Sidonia entre 1550 y 1567, para fortificar esta importante almadraba, que en palabras de Don Miguel de Cervantes, “era el finibusterre de la picaresca”. Zahara de los Atunes, confín del término barbateño, es hoy un centro turístico situado en un paraje privilegiado, con una espléndida playa y un entorno paisajístico codiciado. En la campiña de secanos y pastos las aldeas de La Zarzuela (izquierda de la foto) y El Almarchal, (a la derecha) que fueron antiguos cortijos.



75

Atlanterra y sus urbanizaciones. La playa de Zahara se prolonga hacia el Sur hasta el cabo de la Plata (a la derecha de la foto), iniciándose aquí la playa Entre Torres, conocida como Atlanterra, por la urbanización, o de los Alemanes, por la nacionalidad de los residentes en ésta. En este tramo de costa hasta hace pocas décadas sólo existían cuarteles o destacamentos militares de vigilancia y la campiña como el monte bajo de la sierra de la Plata (en la foto aparece parcialmente quemado), llegaban hasta la ribera del mar, limitada por la histórica vereda de la Playa; sus indiscutibles atractivos naturales y paisajísticos están en el origen de la pionera y lujosa urbanización Atlanterra, cuyo inacabado hotel aparece ya demolido en la foto, y de la impactante y controvertida urbanización de los terrenos circundantes, bajo la modalidad de bloques de apartamentos en altura y equipamientos compartidos (piscinas, jardines, etc).



76

La Ensenada de Bolonia. Un paisaje sin par; desde el cabo del Camarinal, a la derecha y abajo en la foto, hasta la playa de los Lances la costa sigue una trayectoria sinuosa en la que se alternan ensenadas de anchas y largas playas y campos de dunares, como la de Bolonia presidida por las ruinas de Baelo Claudia, en primer plano, y Valdevaqueros, más al Sur, con las pequeñas calas que dejan las puntas rocosas de las sierras litorales. Un tramo de gran belleza paisajística y singularidad cultural que se ha defendido de la presión del turismo y sus urbanizaciones con los fuertes vientos de Levante y las extensas zonas militares, delimitadas en la foto por las manchas verdes de los pinares (Camarinal) y de los alcornocales y matorrales de la sierra de La Higuera o San Bartolomé, incluidos en el Parque Natural de los Alcornocales.



77

Los restos de la demolición del hotel Atlántida y la nueva urbanización. Un tramo de la playa de Zahara donde se ha producido una importante transformación del paisaje y de los usos del suelo. La ancha playa de finas arenas se continuaba hacia el interior con un campo de dunas y éste con una amplia capa de manto eólico (arenoso) dedicada a pastos después de ser desmontada la dehesa de alcornoques que existió. En primer plano, el solar con los restos del recientemente demolido hotel Atlántida que usurpaba los terrenos de la línea marítimo-terrestre y, en sus márgenes, las nuevas urbanizaciones cuya construcción, aún en desarrollo, ha sido controvertida no sólo por el impacto ambiental que han ocasionado, sino por su dudosa legalidad urbanística.



78

La sierra de la Plata y Atlánterra. La playa “Entre dos Torres” se cierne en la costa de la bahía de la Plata, entre el cabo de este mismo nombre, a la izquierda de la foto, y el de Gracia. Un paraje casi desconocido, hasta hace poco tiempo, de la costa del Estrecho donde sólo quedaban las ruinas de la torre de la Plata y el faro que coronaba a la de Gracia o torre Vieja; la sierra de la Plata, con su denso jaral y quebrada topografía, cerraban este arco de costa formando un paisaje tan secreto como hermoso. Las cuevas prehistóricas de sus laderas luminosas trajeron el arte rupestre y sus piedras de areniscas se tallaban para dar sentida sepultura. La tranquilidad de este paraje provocó que algunos decidieran habitarlo con sus criterios de modernidad y confort, surgiendo la urbanización de Atlánterra, aún en fase de crecimiento; con los accidentes llegó el fuego a los jarales, poniendo en gris el verde de su cobertura vegetal.



79

La costa tarifeña de la Sierra de la Plata. El cabo del Camarinal es un promontorio muy singular por su geología, sus orígenes, su fauna y su historia. Este perfecto triángulo, cuya punta se orienta al sur, tiene su base sobre un lecho de rocas calcarenitas, de donde se extrajo piedra para la ciudad de Baelo Claudia, sobre el que se han dispuesto otras formaciones que quedaron sepultadas por un manto eólico de arenas; rocas que poco tienen que ver con las de la sierra de la Plata, las areniscas del Aljibe. Esta variedad de suelos unidos y de ecosistemas configuran un paisaje de gran diversidad florística. El acantilado costero, donde se dibuja la pequeña playa del Cañuelo, y la plataforma marina sirven de refugio y hábitat a una variada fauna de aves, crustáceos, moluscos y peces. Su pasado está vinculado a la ciudad de Bolonia, a la calzada que la atravesaba por el pie de la sierra, a una torre vigía y a una batería artillera, de la II Guerra Mundial, que aún subsiste con su impresionante cañón en esta zona militar.



80

Bolonia y El Lentiscar. La ensenada de Bolonia se abre al mar entre las sierras de la Plata y la Higuera, izquierda y centro de la foto, y la de San Bartolomé, configurando un paisaje en los que los muchos elementos que conviven le confieren un valor casi mágico. El acantilado rocoso del cabo Camarinal se pierde bajo la potencia de la gran duna de Bolonia y bajo el manto de arena que lo cubre todo, incluso a las ruinas de la ciudad romana de Baelo Claudia, cuyas calles se pierden bajo el mar. Una costa enraizada con el atún, con los salazones y con el garum pero también con la cultura de los pueblos de ambas orillas del Estrecho, al que sirvió en la antigüedad como lugar de trasbordo y paso. El esplendor de la ciudad romana, visible aún en sus ruinas, derivó con los siglos en un campo de lentiscos y prados pastados por las grandes vacas retintas; a mediados del siglo XII, las arenas la cubrían y las rutas marítimas se olvidaron de ella. Hoy como siempre, una vez que se ha visto, es imposible olvidarse de Bolonia.



81

La costa de la sierra de San Bartolomé. Punta Paloma y la sierra de San Bartolomé (442 metros de altitud) se interponen en la costa separando las ensenadas, de Bolonia y Valdevaqueros, y dejando poco margen a las playas que ahora se adornan con un fantástico mundo de formas. Las cristalinas aguas de la costa dejan ver como la sierra se adentra en el mar y pone de manifiesto el fondo y la profundidad creciente de las aguas. La sierra se cubre por un extenso manto verde en el que conviven muy diversas formaciones vegetales que tienen su origen en un frondoso bosque de alcornoques y acebuches acompañado de un denso y rico matorral que ha quedado relegado a los lugares más inaccesibles de su geografía, dominando hoy el monte bajo, los pastizales, pinos y eucaliptos, que rodean al poblado de uso militar de las Huertas de Paloma Baja, uno de los asentamientos más singulares del litoral gaditano.



82

Los bancos de arenas entre las sierras de San Bartolomé y la de Enmedio. Desde Punta Palomas, a la izquierda de la foto, la costa abandona la ensenada de Bolonia y se adentra en la de Valdevaqueros cuyos campos de dunas tapizan el lecho rocoso que sirve de arrecife a esta costa tarifeña, conocida entre los andalusíes como ar-Aranlá, Los Arenales. Las sierras de San Bartolomé, a la izquierda, y la llamada de Enmedio, por el lugar que ocupa, limitan al valle formado por el río de Las Vacas o de los Vaqueros, que sirve de pasillo tanto a los fuertes vientos de Levante y de Poniente como a una importante vía de comunicación desde la antigüedad, hoy simbolizadas en la carretera N-340. Un paisaje marítimo y montañoso, de pescadores y ganaderos en otro tiempo, que hoy ocupa un lugar destacado en la ruta turística de la costa del Estrecho, paraíso del windsurf.



83

La costa de la sierra de Enmedio y del valle de La Jara. La punta de la Peña separa la playa de Valdevaqueros de la de Los Lances, en la costa tarifeña de los fuertes y característicos vientos de Levante, de los brillantes colores de las velas y parapentes de los windsurfistas. La sierra de Enmedio planta sus reales en medio de un cingulo montañoso y deja al descubierto sus alineados estratos rocosos de las areniscas del Aljibe; el paisaje verde se manifiesta en sus múltiples tonos desde los más claros de los prados del valle del río de La Jara a los más oscuros de los bosquetes de alcornoques de las empinadas laderas o los más brillantes del pinar costero; las edificaciones y establecimientos turísticos se han ido acomodando a lo largo de la parte baja de la sierra y de la campiña, en la frontera con el mar.



84

Los Lances. La playa de Los Lances de Tarifa se ensancha en esta zona de la desembocadura del río de La Jara con los depósitos de arenas muy finas y blancas de las corrientes litorales y los sedimentos que arrastra el propio río. Este paisaje verde, cubierto en gran parte por pastizales y los bosquetes de pinos, era dominio del mar, formando parte de la ensenada que se adentraba hacia el interior y que aún hoy sigue ensanchándose por la desembocadura del río, con marismas y un cordón dunar. Un tramo de costa muy frecuentado en los meses del verano por los bañistas y durante casi todo el año por los windsurfistas. Las sierras de Ojén y del Cabrito forman la cordillera que cierra el horizonte, tras el cual se descubren la bahía de Algeciras y el Peñón de Gibraltar.



85

Tarifa y la isla de Las Palomas. El extremo sur de la península Ibérica se encuentra aquí, en la isla de las Palomas, en su punta llamada Marroquí; un lugar donde combaten de forma permanente las aguas del Mediterráneo y del Atlántico, tallando el pequeño acantilado del promontorio y reduciendo la plataforma de la isla, que quedaba aislada del continente por un canal y fue sitio del asentamiento antiguo de la ciudad de Tarifa y hoy zona militar, en la que sobresale el faro construido sobre una torre islámica. La ciudad de Tarifa guarda este punto estratégico del estrecho de Gibraltar desde tiempo inmemorial, alcanzando en el medievo una importancia trascendental; el original castillo construido por Abderrahmán III conoció sucesivas ampliaciones hasta convertir esta plaza en una de las fuertes de la costa y clave para acceder al control del Estrecho: su conquista en 1294 requirió una gran cruzada europea para batirla por tierra y por mar, siendo después defendida de los musulmanes con gestas como la de Guzmán el Bueno. La ciudad medieval, delimitada por las murallas que aún se conservan, resistió el implacable cerco de las tropas napoleónicas en 1812 quedando maltrecha y tardando en recuperarse, de manera que la expansión urbana no se inicia hasta el siglo XX, intensificándose a final de éste por el desarrollo de la actividad turística y haciendo de Tarifa la capital europea del windsurf.



86

Tarifa entre Los Lances y los acantilados del Estrecho. En Tarifa la costa cambia de orientación y de paisaje para dejar paso al Estrecho: hacia el Norte la costa gana espacio al mar que ahora rompe en la larga playa de los Lances que se va estrechando hasta la punta de la Peña donde se abre la ensenada de Valdevaqueros; las marismas y las lagunas litorales que forman la desembocadura de los ríos, Jara, arriba en la foto, y de La Vega separan la llana campiña de pastos y humedales que ocupa ahora el espacio lo que antes cubría el mar. Y a Levante, el nuevo puerto de Tarifa y la escarpada costa que se cierne sobre la sierra del Cabrito. La ciudad, situada en esa esquina del continente, ha tendido a expandirse primero hacia la playa de los Lances y la plaza de Toros, formando el Barrio del Norte, y en las últimas décadas hacia Levante con la barriada Virgen del Sol, siguiendo la antigua carretera N-340, que después de la circunvalación ha quedado como avenida de acceso a la ciudad.



87

La sierra del Cabrito. La costa de Tarifa se hace abrupta hacia Levante: desde punta Camorro, a la izquierda y en las cercanías de la ciudad de Tarifa, las lomas y vaguadas de la sierra del Cabrito se escarpan y forman acantilados de diversa altura y consideración; el mar transparente, en este momento de calma, deja ver como la ladera de la sierra se continua bajo las aguas y cae precipitadamente, mostrando las praderas y lechos de algas entre bancos de arenas y rocas. El arroyo Matatoros baja de la sierra, de derecha a izquierda en la foto, dejando a su paso algunos matorrales y bosquetes de acebuches, al igual que lo hacen otros que tienen su cauce casi perpendicular a la costa. Su paisaje marítimo se relaciona sin embargo con las zonas de pastos y dehesas y la ganadería extensiva de vacadas y cabras.



La sierra del Cabrito y la cañada del Caballo. Este tramo de costa tarifeña en el corazón del Estrecho se bate entre las fuertes corrientes marinas y el poder erosivo de los pequeños arroyos que desaguan en ella. La escasa dureza y resistencia de las areniscas del Aljibe sucumben fácilmente ante la escorrentía de las aguas superficiales y crea profundos barrancos que llegan hasta el mar. La geología de esta sierra se desentraña en la alternancia de estratos, paralelos y verticales, de distinta consistencia y aspecto; la extensión de los pastos delata el aprovechamiento ganadero de estos parajes, reflejándose también en la presencia de toriles y corrales junto a los edificios de los numerosos cortijillos de esta sierra, algunos de ellos abandonados. El bosque primitivo de acebuches y alcornoques ha desaparecido por completo de esta zona donde la pérdida de suelos, el pastoreo y la fuerte presencia de los vientos hacen difícil su necesaria restauración.



89

La sierra del Cabrito y el arroyo de las Viñas. Los acantilados de diversa consideración, los arrecifes y depósitos marinos forman esta parte de la costa tarifeña, a la que siguen llegando las hondas barrancas excavadas por los torrentosos arroyos. La punta de Canales (a la derecha en la foto) limita la desembocadura del arroyo de las Viñas, cuyo pequeño valle en forma de U, destaca en el paisaje por su verde más brillante y la presencia de bosquetes de acebuches y matorrales. El paisaje sigue mostrando las huellas de la erosión y del aprovechamiento ganadero; los caminos zigzagueantes ponen de manifiesto las pendientes de esta abrupta sierra y contrastan en el verde del paisaje por su pavimento de zahorra y albero. Los molinos eólicos aparecen en la parte alta de esta sierra del Cabrito, alineados con los intrépidos caminos.



90

La costa campogibraltareña desde poniente. La costa del Estrecho se sucede entre bajos acantilados y puntas rocosas, formando pequeñas calas y abiertas ensenadas, como la del Tolmo en el centro de la foto, que siguen la topografía de los cerros y valles que se dibujan en esta sierra, cubierta de pastos, matorrales y pequeños bosques de acebuches, como los que tapizan la parte más prominente de la costa, entre las puntas de los Acebuches y la del Carnero, en donde comienza la gran apertura de la bahía de Algeciras, que puede verse en toda su extensión; en su extremo el peñón de Gibraltar y punta Europa, donde la costa se inflexiona y el estrecho se abre hacia el Mediterráneo en un gran arco. El paisaje ganadero de la sierra litoral se sucede en la aglomeración urbana de la bahía de Algeciras, así como la costa cambia sus naturales perfiles por los rectilíneos y quebrados del puerto de Algeciras y los de su bahía.



91

Los Alelíos y el Guadalmesí. Entre las puntas de Canales y del Guadalmesí la costa mantiene su abrupto relieve, con pequeños escarpes y acantilados y sin llegar a formar playas; los estratos rocosos del flych del Aljibe, se continúan bajo las aguas cristalinas y frías de ese momento, formando un arrecife muy singular en cuyos fondos cubiertos por algas es el hábitat de una variada fauna marina. Los pequeños valles de los arroyos siguen llegando hasta la costa con sus elevadas pendientes y sus cauces ocultos por matorrales; el paisaje de estos parajes de Los Alelíos, a la izquierda de la foto, y del Guadalmesí, mantiene la huella ganadera con los extensos prados y estrechas manchas de monte bajo.



92

El valle del Guadalmesí. El pequeño valle del río Guadalmesí, o río de las Mujeres, a la izquierda de la foto, constituye uno de los parajes más singulares del litoral gaditano por su paisaje y cultura. Bajo las aguas transparentes se suceden los estratos del flych rocoso característico de estas sierras; la costa mantiene su carácter abrupto y erosionado con pequeños acantilados salvo en la desembocadura del río donde forma una corta ensenada y abre un estrecho canal que sirvió de embarcadero y fue lugar estratégico por ser punto de aprovisionamiento de agua potable de las embarcaciones y navíos que frecuentaban estas costas; en 1588, ante el continuo azote de los corsarios moriscos, se decidió construir la torre del Guadalmesí en este extremo del término tarifeño, donde existió un antiguo asentamiento que quedó desolado y no se recuperaría hasta finales del siglo XIX con la construcción de los cortijos.



93

La ensenada del Tolmo. La costa desde la punta de la Parra, izquierda de la foto, hasta El Tolmo serpentea en su derrotero y forma pequeños acantilados verticales, erosionados por las corrientes litorales del Estrecho. El paisaje costero, de matorrales y prados, se recupera de los últimos incendios y del pastoreo que produjeron su desolación; los caseríos del cortijo de las Arenillas yacen en ruinas en estos parajes deshabitados, algo excepcional en la costa, que forman parte del Parque Natural de Los Alcornocales. El pequeño valle del arroyo de la Ventilla de Maraber se destaca en el paisaje y entre los ecosistemas singulares de esta costa. Los molinos eólicos se alinean en el cerro del Tambor (229 metros) y siguiendo la cresta rocosa se llega al puerto del Bujeo, en la carretera N-340, donde parte término Tarifa y Algeciras, dejando a la izquierda la urbanización de El Cuartón y a la derecha la aldea llamada Pelayo, por la batería artillera que se construyó en la II Guerra Mundial.



94

La costa de la sierra del Bujeo. La costa algecireña del Estrecho entre la ensenada del Tolmo, a la izquierda, y la punta del Fraile en la que comienza cala Arenas, forma un casi perfecto semicírculo; la línea costera, entre abrupta y escarpada, se rodea de arrecifes, entre los que sobresalen las diminutas islas de Dos Hermanas y la Fontanilla, en medio de un denso lecho de algas que oscurece el fondo marino representado en la foto, cuya profundidad no baja aquí de los 20 metros. Las nubes que de forma casi permanente se ciernen sobre esta región dejan ver este paisaje dominado por variados matorrales entre bosquetes de acebuches y prados; el pequeño valle del arroyo de Calafates, en el centro, se destaca por su tupida vegetación y sus agrestes laderas entre las que se encaja el cauce formando una garganta de microclima particular; un paisaje costero igualmente deshabitado y aislado de gran valor y potencialidad ecológica que se recupera de los incendios y de su pasado ganadero, bajo la soledad de la inhiesta torre del Fraile, construida a finales del siglo XVI.



95

De cala Arenas a Algeciras. La costa occidental del término algecireño desde cala Arenas, a la izquierda, hasta el puerto, se desenvuelve en variadas formas en las que los escarpados acantilados se suceden en pequeñas calas limitadas por sus correspondientes puntas en cuyo extremo, donde se abre la bahía de Algeciras, se sitúa el faro de punta Carnero. El arrecife costero emerge en pequeñas islas como la de Las Palomas, tintada de blanco por las deyecciones de las aves marinas, e isla Cabrita en el límite derecho de la foto. El paisaje se muestra ambivalente entre los apartados valles fluviales cubiertos de matorral y la ocupación costera de urbanizaciones que se siguen prodigando y construyendo, como esta reciente de Getares II, sobre cala Fuerte y, la llamada hasta ahora, cala "Secreta".



96

La bahía de Algeciras. La bahía de Algeciras desde el suroeste se muestra en toda su plenitud geográfica. La costa escarpada del Estrecho se escalona en pequeñas calas dibujadas en media luna entre las frecuentes puntas rocosas de este litoral donde se yerguen barrancas y acantilados, como el de punta Carnero, que llegan hasta la pequeña y arenosa playa de Getares o San García, ya en el interior de la bahía, cuyo paisaje costero y marítimo se humaniza con las ciudades, puertos, polígonos industriales,..., y grandes buques que fondean en las aguas interiores. La urbanización de Getares II, abajo en la foto, se construye en ese lugar apartado de la costa señalándose como punta de lanza del desarrollo turístico; la renovada ciudad de Algeciras con su caserío blanco se extiende sobre la llanura aluvial del río de la Miel, en cuya desembocadura se abre el gran puerto, origen y destino de la travesía del Estrecho; en el otro extremo las ciudades de La Línea y de Gibraltar, a los pies de la majestuosa “Roca”, que marca la frontera del mar Mediterráneo.



97

Punta Carnero y el cerro de la Horca. Desde el interior de la bahía de Algeciras, la costa occidental que presiden el cabo y punta del Carnero y el cerro de La Horca, se dibuja entre calas escarpadas y contrastados arrecifes de estratos rectilíneos y paralelos. El paisaje agreste de los cerros y sus numerosos arroyos vertientes, donde se esconden los frondosos y singulares “canutos”, queda cubierto por un extenso matorral en el que sobresalen algunas manchas de acebuches y alcornoques que formaban parte de la dehesa de La Punta, con la que se mantenía en 1462, el servicio de las torres vigías de la costa de la bahía, como la del Carnero, una de las más antiguas de la Bahía y hoy casi desaparecida. El faro construido en 1874, réplica reducida del de Chipiona, es símbolo de este relevante lugar histórico del litoral del Estrecho. La peligrosa carretera de Getares, labrada a pico en la ladera y a pocos metros del mar, descubre impresionantes paisajes en su recorrido serpenteante.



98

Getares. La ensenada de Getares con su arenosa playa se encaja en esta parte de la costa de la bahía algecireña, en la que desemboca el río Pícaro, el cual sirve de frontera entre dos paisajes contrapuestos. Los cerros y crestas rocosas de las que parten numerosos arroyos permanecen fieles a su paisaje montaraz, de densos matorrales, dehesas y bosquetes; el llano de la ensenada, en otro tiempo ocupada por factorías balleneras que se remontan a la antigua ciudad de Cetraria, de donde viene el nombre de Getares, se convirtió en el asentamiento de uno de los balnearios pioneros del litoral gaditano y ya a finales del siglo XX en un importante centro turístico y residencial, con las urbanizaciones de San García, a la derecha de la foto, Algetares y el Club Playa, situados hacia el río. Arriba y a la derecha de la foto, los barrios de Los Pastores y Los Guijos y los polígonos industriales periféricos de Algeciras.



99

El puerto y ciudad de Algeciras. La costa desde la ensenada de Getares, a la izquierda de la foto, hasta la popular playa del Rinconcillo, sirve de asentamiento a la ciudad de Algeciras que se alarga por espacio de ocho kilómetros del frente costero, de los que tres corresponden a su importante puerto; es un tramo urbanizado donde la costa natural ha conocido importantes transformaciones, sobre todo en el último siglo, con la construcción y ampliación sucesiva del puerto, cuyos orígenes se remontan a la antigüedad siendo conocido por el Portus Albus, o puerto Blanco, en la desembocadura del río de la Miel; junto a éste la ciudad, que algunos autores reconocen como fundación romana del siglo II (a.n.E), con el nombre de Traducta Iulia Tingentera, ya que se pobló con colonos romanos procedentes de la otra ribera del Estrecho. Entre los andalusíes fue conocida como al-Yazirat al-Jadra, la isla Verde, alcanzando gran fama e importancia por su estratégico puerto; la Villa Vieja, a la izquierda del río, cuyos orígenes se relacionan con una fortificación preislámica renovada por los andalusíes tras el paso devastador de una de las violentas expediciones de los normandos (vikings), de mediados del siglo IX, no fue capaz de contener el desarrollo de este asentamiento por lo que, entre 1279 y 1285, se construye la Villa Nueva, en la margen opuesta del río; ambas sucumbieron un siglo más tarde a consecuencia de la guerra entre cristianos y musulmanes, quedando un solar yermo, que serviría a principios del siglo XVIII, tras la conquista inglesa de Gibraltar, de emplazamiento de un poblado en el que se refugiaron parte de los gibraltareños hispanos y que constituyó el origen de la actual ciudad de Algeciras, cuyo desarrollo se producirá con posterioridad, con el creciente interés español por el Norte de Marruecos y la construcción del enclave portuario hacia 1913; pero con todo la gran expansión de la ciudad se llevará a cabo en las últimas décadas del siglo XX, tendencia que aún persiste.



100

La ciudad de Algeciras y su periferia. Desde el suroeste, la ciudad de Algeciras muestra la diversidad de su urbanismo en el que se reflejan las diferentes etapas culturales y económicas de crecimiento. La expansión urbana se dirigió primero hacia el interior y hacia la playa del Rinconcillo, para posteriormente extenderse por el flanco costero, de modo que la actual aglomeración tiene cuatro veces más de largo que de ancho. La costa queda rodeada de urbanizaciones residenciales y turísticas, como la zona de Villa Blanca a Getares, abajo en la foto, así como por el impresionante desarrollo de su estructura portuaria, en la que contrastan la marina deportiva del Saladillo con la inmensa infraestructura del puerto de Algeciras convertido hoy en uno de los más importantes de Europa, como lo fue en otros tiempos. Al final del puerto, de su muelle del Navío, el nuevo puente que sirve de acceso Norte por la carretera N-340, señala el inicio de las playas de la Concha y su continuación en la del Rinconcillo.



101

Algeciras Este y Palmones. La costa algecireña, en su tramo nordeste, desde el Bajillo del Cementerio y la torre del Almirante, a la izquierda del puente, y la plataforma del puerto en la que se almacenan los contenedores, queda relegada a una estrecha franja de playas, de la Concha y el Rinconcillo, sobre la que se han ido construyendo barriadas y numerosas urbanizaciones hasta el límite del Paraje Natural de las Marismas de Palmones, en la desembocadura del río, sirviendo su cauce de divisoria de los términos de Algeciras y Los Barrios, cuya Villa se ve arriba y en el centro en la foto, y de frontera de dos paisajes contrapuestos; las marismas frente a las barriadas de Cortijillo y Palmones, con su gran polígono industrial.



102

Las grandes industrias de la bahía de Algeciras. Desde la desembocadura del río Palmones, a la izquierda de la foto, hasta la barriada de Puente Mayorga, en el otro extremo, este tramo de costa de unos tres kilómetros de longitud desvela el humeante paisaje industrial de la bahía de Algeciras, formada por grandes plantas como las de Acerinox y la central térmica de Los Barrios, a la izquierda, separadas por el río Guadarranque y el poblado de este nombre del gran complejo petroquímico de la refinería de C.E.P.S.A., en cuyo solar yacen las ruinas de la “Colonia Latina Libertotum Carteia”, la ciudad fundada, en el 171 a.d.C., sobre una antigua factoría de salazón púnica y puerto estratégico de los íberos, que sería importante enclave comercial y militar romano. Hacia el interior la campiña del Guadarranque, con su importante pasillo hacia el interior, en la ruta de Castellar y Jimena, de Ubrique y Gaucín hacia los nortes. La Villa de San Roque, limitada por carreteras y la campiña, queda hacia el centro y derecha de la foto.



103

Crinavis y La Línea de la Concepción. Presidida por la sierra Carbonera esta punta del continente deja a un lado la bahía algecireña y al otro el mar Mediterráneo. Las zonas industriales y urbanas se suceden en esta parte del arco de la bahía; la barriadas sanroqueñas de Puente Mayorga, a orillas del canalizado arroyo Cachón, y de Campamento, quedan comprendidas entre las grandes zonas industriales de C.E.P.S.A., a la izquierda, y Crinavis con su gran muelle y astillero. La ciudad de La Línea de la Concepción se extiende sobre el extenso llano del istmo arenoso que llega hasta el Peñón y entre ambas costas, entre las playas de Poniente, en la bahía, y las de Levante y La Atunara, con su puerto pesquero, en la costa Mediterránea, que solo quiebran su trazado casi recto en las puntas de Carbonera y Chullera, ya en el confín de la foto.



La Línea y la Roca a contraluz. Desde el centro de la bahía de Algeciras hacia Levante esta esquina del continente parece flotar sobre las aguas; la visión del Peñón se destaca más como una miniatura que encubre su imponente de más de 407 metros de altitud. La costa muestra los contrapuntos de las playas y las grandes obras de infraestructuras de los puertos de La Línea de la Concepción y Gibraltar, separadas por la pista de aterrizaje del aeropuerto de ésta. Las aguas interiores de la bahía sirven de refugio y zona de espera a los grandes petroleros y mercantes que aprovisionan a las industrias y negocios de la zona. El istmo arenoso y yermo que desde la sierra Carbonera se extendía hasta el Peñón adquirió un inusitado valor estratégico tras la conquista de Gibraltar por los ingleses en 1704; la línea de murallas defensivas que custodiaban la nueva frontera daría nombre a la ciudad que se fue extendiendo en la parte española, mientras que, al otro lado, la poderosa fortaleza de Gibraltar hacía crecer sus dominios ganando terreno al mar de la bahía.



105

Desde el norte la Línea y el Peñón. Las mediterráneas playas de arena gris de La Atunara, de Levante y de Santa Bárbara recuperan de nuevo el paisaje playero que quedó secuestrado en la costa del Estrecho con sus abruptos acantilados y sus pequeñas calas. Un istmo arenoso y llano, sobre el que se asienta la ciudad de La Línea de la Concepción desde los inicios del siglo XVIII, fue uniendo la isla del Peñón de Gibraltar al continente, al que llegó navegando sobre un mar de arcillas desde la costa africana, empujado por las fuerzas del plegamiento alpino: su paisaje actual casi nos descubre esta génesis geológica. En el otro extremo de la embocadura de la bahía de Algeciras, al oeste y derecha de la foto, sobresale la punta del Carnero y otras que bordean el cerro de la Horca. Al fondo, la orilla sur del Estrecho, desde la península de Ceuta hacia poniente, descubriendo las numerosas cumbres de la cordillera del Atlas que se prolongan hasta la bahía de Tánger.



106

La bahía de Algeciras desde el Mediterráneo. Una vista completa de la bahía de Algeciras nada frecuente, dado que gran parte del año las nubes y las brumas se ciernen sobre ésta originando un microclima subtropical y templado de gran singularidad, que está en el origen de la gran diversidad de especies florísticas del Campo de Gibraltar y del mantenimiento de sus alcornocales y bosques ribereños. La visión de la bahía a la escala de la foto pone de manifiesto que se trata de un espacio de reducidas dimensiones y muy intensamente humanizado; el frente costero ha sido transformado en casi todo su perímetro, restando sólo los pequeños enclaves de la marisma del Palmones y la costa del cerro de la Horca, dominada por la punta del Carnero, en el extremo occidental; en la costa Mediterránea, en primer plano, se puede ver como el pequeño puerto pesquero de La Atunara hace cambiar el proceso de sedimentación litoral, reduciendo la playa hacia el sur y aumentándola hacia el norte. Las aguas interiores de la bahía se ligan a este paisaje humanizado a través de los numerosos y grandes buques que fondean y navegan, siendo testigos de la importancia marítima de esta estratégica bahía